

La Comédiathèque

Escribir su vida

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

JEAN-PIERRE MARTINEZ

Escribir su vida

Escribir su vida... Para empezar, hay que aclarar cualquier malentendido. Este libro no es un manual para aprender a convertir una vida ordinaria en un relato apasionante. Tampoco es un método para saber cómo darle más emoción a la existencia, con el fin de tener algo que contar a los nietos algún día. Es, sencillamente, una autobiografía, o más exactamente, una autoficción, ya que relatar la propia vida es, como mínimo, revisitarla, e incluso reinventarla. Un día, tomaba café con un vecino y comencé a contarle un episodio de mi vida. Me miró con los ojos muy abiertos y, al cabo de un rato, sabiendo que soy escritor, me interrumpió: ¿Pero es verdad lo que me estás contando, o lo estás inventando sobre la marcha? Confieso que, por un breve instante, yo mismo tuve mis dudas. Por supuesto, todos los escritores son mentirosos, pero también a veces mienten de verdad, para retomar la fórmula de Aragon. Eso es lo que me decidió a escribir este libro. Sí, este relato está escrito en primera persona, para contar mi verdad. ¿Toda mi verdad? ¿Nada más que mi verdad? No lo juraría. Resulta que soy escritor. Cuento en este libro cómo llegué hasta aquí, sin presentarme como un ejemplo a seguir para quien quiera convertirse en autor también. Escribir la propia vida es, ante todo, reivindicar esa parte de libertad que solo proporciona la sensación de estar vivo. Conquisté mi libertad a través de la escritura, que también es una forma de liberación. Pero se puede escribir la vida de muchas maneras, con actos más que con palabras. Aquí está cómo intenté escribir la mía. Eligiendo de preferencia, como el viajero de Robert Frost, los caminos menos transitados.

*Two roads diverged in a wood, and I—
I took the one less traveled by,
And that has made all the difference.*

Robert Frost

*Caminante no hay camino,
se hace camino al andar.*

Antonio Machado

Raíces.....	5
Polvo de estrellas	6
Saint Martin.....	7
Épluches.....	8
La vida de palacio.....	10
Mi primera vez	11
El Movimiento Anti-Avestruz	13
La casa azul.....	14
Los tres días	16
La Feria de los Frijoles	17
Mis universidades.....	19
Conviértete en quien eres.....	21
Algirdas Julien Greimas	23
10 rue Monsieur-le-Prince	25
El bougnat	28
Un gran jefe.....	29
Los duetistas.....	31
El estatus de la libertad.....	33
Chernóbil.....	34
Una bomba.....	36
Francotirador.....	37
Paris Texas	40
Psicosis	42
Hanna Schygulla.....	44
Fuerte Álamo.....	46
Alpine	48
Río Grande.....	50
Chihuahua.....	52
El Chepe.....	53
Tercer semestre.....	55
Yugoslavia.....	57
Freaks.....	59
Oum Kalsoum.....	60
Obelisco.....	61
Roissy	63
El Gaffiot.....	64
Cita	66
Escribir su vida.....	68

RAÍCES

Nací en Auvers-sur-Oise, a mediados de los años cincuenta, y desde muy joven me prometí hacer todo lo posible para no pasar mi vida allí, y sobre todo para no morir allí. Porque en este pueblo uno puede morir fácilmente de aburrimiento. No es casualidad que Van Gogh se quitara la vida en Auvers-sur-Oise después de pintar su último cuadro, titulado Raíces. Así es, aparte de las ortigas tal vez, es difícil echar raíces en este rinconcito de Francia que tanto impresionó a los impresionistas, pero en el que mucha gente se suicida. Mi propio primo, que tenía aproximadamente mi edad, se ahorcó allí antes de llegar a los cuarenta. Y un amigo de la infancia se disparó en la cabeza, en vísperas de cumplir los quince años.

Auvers es lo que se llama un pueblo-calle, que se extiende a lo largo de más de seis kilómetros, atrapado por un lado entre los meandros del Oise, que se desborda casi cada invierno, y por otro lado un pequeño acantilado que amenaza con derrumbarse en cualquier momento, con la carretera nacional y la vía del tren en el medio. Un pueblo tan largo que tiene el lujo de tener no solo una estación sino también una parada de tren, y también dos escuelas. Viví los primeros doce años de mi vida en una choza al borde de la carretera, a unos dos kilómetros de la escuela de Chaponval y a cuatro kilómetros del centro del pueblo, que no está situado en medio del territorio del municipio sino en uno de sus extremos.

Auvers es una línea en el mapa. Su circunferencia no está en ningún lugar, y su centro casi fuera de los límites. Dos veces al día, porque en ese entonces no había comedor, hacía a pie el viaje de ida y vuelta entre mi casa y la escuela. Ocho kilómetros diarios. Entre dos prisiones, durante el traslado, elaboraba mis primeros planes de escape, sin tener aún los medios para llevarlos a cabo. A los catorce años, cuando comencé la secundaria en la ciudad vecina, nos mudamos para instalarnos justo enfrente de esa escuela que acababa de dejar para siempre. Otra prisión me esperaba durante muchos años, mucho mejor custodiada. Y otro trayecto, aún más largo que el anterior.

POLVO DE ESTRELLAS

Hacer que mi primer hogar no sea el último. Ese fue mi primer sueño. Y, sin duda, de ahí viene esta pasión por la conquista espacial y mi profunda aversión por cualquier forma de religión. "Hombre, recuerda que eres polvo y al polvo volverás", dice el Génesis. Así que, al menos, esforcémonos por morder al final un polvo diferente al que nos vio nacer. Un polvo de estrellas, si es posible. Después de una vida en el barro, que la cuna de la Humanidad, al menos, no sea también su tumba.

Nací en la cama de mis padres, en el mismo lugar donde fui concebido. Dar a luz en casa, sin anestesia por supuesto y con la única asistencia del médico de familia y, a veces, de una vecina, no era en aquella época un retorno a las fuentes reservado a algunas burguesas en busca de sentido para dar a su pobre existencia. Era simplemente la dura realidad de muchas mujeres del pueblo. Las burguesas, ellas, ya daban a luz en el hospital. Siempre es lamentable ver a algunas mujeres, y a algunos hombres, considerar como un acto de libertad el hecho de volver a las servidumbres de antaño, pero voluntariamente esta vez. Desear la sumisión, a la tradición, a la Naturaleza, a un dios o a un hombre, ¿es realmente la libertad?

Nací de nalgas. En otras palabras, llegué al mundo mostrándole mi trasero. Es decir que para mi madre, no fue la forma más fácil y menos dolorosa de dar a luz, y menos casi sola, en casa, sin siquiera el apoyo de un marido demasiado ocupado ganando el dinero del hogar, o simplemente prefiriendo ahorrarse el espectáculo de semejante carnicería. Sí, las mujeres más desafortunadas entonces daban a luz en su cama. Si era necesario, también abortaban en sus propios baños. Las aborteras no salían de la Facultad de Medicina, los baños estaban a menudo al fondo del jardín, y no olían a rosas. Podría no haber sido el pequeño último. Ahí es donde terminó, sin siquiera haber visto la luz del día. Me juré no acabar en ese agujero.

SAINT MARTIN

Desde primera de secundaria hasta bachillerato, hice todos mis estudios en Pontoise, en una escuela católica modestamente llamada Saint Martin de Francia. Hay que decir que este establecimiento, cuya organización está basada en la de los famosos colegios ingleses, ha sido frecuentado durante aproximadamente un siglo por los hijos de la alta burguesía francesa, lo que lo convierte en una escuela muy elitista. No necesariamente en cuanto al nivel académico de sus alumnos, pero sí en cuanto a su origen social. No soy millonario, todos habéis oído esta expresión. Pues bien, yo tenía un multimillonario en mi clase. Uno de verdad. Por cierto, no era particularmente desagradable, tampoco era muy buen estudiante. Más bien discreto. A menudo se cree que los ricos nos desprecian. Es falso. Son los nuevos ricos los que nos miran por encima del hombro. Aquellos que no tienen suficiente dinero, y no desde hace suficiente tiempo, para haber olvidado de dónde vienen, que saben que al menor paso en falso podrían volver allí, y que, en consecuencia, quieren distinguirse de aquellos que todavía están en una relativa indigencia. Los verdaderos ricos no desprecian a los pobres. Simplemente los ignoran, no conocen su funcionamiento, salvo para hacerlos trabajar en la fábrica de papá.

El sábado al mediodía, cuando nos liberaban para un permiso de corta duración, y yo me apresuraba hacia la estación de Pontoise para tomar mi tren de cercanías, el chófer de mi afortunado compañero, con una gorra en la cabeza, lo esperaba en un Rolls a la salida de la escuela para llevarlo de vuelta a París. Yo volvía a casa, a ese bajo de tres habitaciones donde nos apretujábamos seis personas, los cuatro niños en la misma habitación, calentados en invierno por una estufa de leña, sin agua caliente en el grifo, sin baño, y con el retrete en el patio. Él volvía a casa, no sé dónde, en una lujosa mansión del distrito dieciséis o en un castillo en el campo. Estábamos en la misma clase, pero no pertenecíamos a la misma clase. No vivíamos en el mismo mundo. Fuera de esa escuela y de su vasto parque, nuestros caminos nunca se habrían cruzado.

Los internos venían de París, o a veces incluso del extranjero. Como mucho, conocían Pontoise solo por la estación, donde tomaban el tren que los llevaba de vuelta a los barrios elegantes de París para el fin de semana. Si yo estaba allí, con algunos otros privilegiados de la región, era solo porque nuestros padres también, apretándose un poco el cinturón, tenían los medios para pagar al menos el comedor en esta prestigiosa escuela. Pero nunca me habría atrevido a invitar a mi casa a esos pequeños burgueses que, sin formar parte de la élite, vivían sin embargo en cómodas viviendas acordes con su estatus social de hijos de notables. Si en clase jugaba en igualdad de condiciones con todos, una vez atravesado el portal de la escuela volvía a ser un proletario. Mi padre me había inscrito en este establecimiento, así como a mi hermano, para que pudiéramos seguir una escolaridad muy controlada, que él mismo no habría sido capaz de supervisar, siendo prácticamente analfabeto. Debería haberle estado agradecido por darme la oportunidad de recibir la misma educación que esta élite. Le reprochaba la vergüenza que sentía por no formar parte de ella. Era un polizón en un transatlántico de lujo. Visto como un privilegiado por los alumnos del instituto público que también cruzaba en la estación, me consideraba a mí mismo un paria en el establecimiento muy chic que me veía obligado a frecuentar.

Aún hoy, en una recepción social, siento que mi verdadero lugar está junto al personal encargado de pasar los canapés desde la cocina, en lugar de con los invitados de renombre que se dan un festín en el salón. Seré un usurpador toda mi vida. Me llamo Martínez. Me llamaban Martín. Saint Martin es conocido por haber dado la mitad de su manto a un pobre. Después de siete años de iniciación a la caridad cristiana en Saint Martin de Francia, no sé qué han hecho mis compañeros más afortunados con su gabardina Burberry.

ÉPLUCHES

Conseguí el bachillerato por los pelos, después de una escolaridad secundaria llena de altibajos. En primaria, no tenía mucho mérito en destacar. Aunque la mayoría vivía en casas más cómodas y más salubres que la mía, mis compañeros de clase provenían de entornos aún más desfavorecidos que el mío. El término de sus estudios solía ser el sexto de primaria. De toda mi clase, sólo dos fuimos a la secundaria: yo, hijo de inmigrantes españoles, y el hijo de la directora, de origen vietnamita. Él en el instituto público y yo en una escuela privada. Paradójicamente, éramos nosotros, los hijos de la inmigración, quienes subíamos en el ascensor social, mientras que los franceses de origen se contentaban con las escaleras, esperando que no fuera las que bajan al sótano. A menudo, la dificultad para salir de una condición no radica en el handicap cultural que sufrirían los niños de un entorno modesto, sino en la falta de ambición que sus padres tienen para ellos. Serás obrero, hijo mío, como tu padre. O bien serás peluquera, como tu madre. Un verdadero oficio, de inmediato, y empiezas a traer dinero a casa. Lo demás no es para nosotros.

Los que no iban a la secundaria iban a aprender un oficio en Épluches, un centro profesional situado en medio de los campos de patatas, entre Chaponval y Pontoise. Cuando mis resultados escolares eran realmente desastrosos, mi padre me animaba a su manera: si te echan de Saint Martin, te mando a Épluches. No era un plan B, era una amenaza de muerte social. Mi padre era un leñador español que se había convertido en empresario. Hubiera preferido morir antes que convertirme en obrero, como mis compañeros, que eran bien franceses. Y para mi padre, eso me habría convertido definitivamente en un fracasado.

De hecho, debo decir que a lo largo de mi escolaridad nunca sufrí ninguna forma de racismo, como era aún el caso en aquella época para los "Ritals", o sea los Italianos. Ni siquiera tengo conocimiento de ninguna verdadera ofensa de este tipo para calificar a los españoles en Francia. Muy al contrario, para todos mis profesores, yo era el ejemplo a seguir. ¡Mirad, pandilla de inútiles, se llama Martínez y es el primero de la clase! En realidad, siempre fui el preferido. Y mis compañeros galos ni siquiera me guardaban rencor. Al entrar en secundaria, por supuesto, con los hijos de la pequeña o gran burguesía local y los herederos de la élite parisina, tuve que cambiar de marcha. Al principio me perdía un poco. Y luego, poco a poco, fui remontando, después de haber abandonado el latín a favor de la economía. Una pena, me gustaba el latín. Sin embargo, este cambio de orientación me resultó beneficioso. Destacaba en francés y en ciencias económicas. De nuevo, iba a la cabeza del grupo, lejos de esos niños de la alta sociedad cuyos padres los destinaban a Sciences Po y a la ENA.

Delante del heredero de la familia Rothschild que tenía como compañero, y que extrañamente no parecía estar muy familiarizado con los cálculos y la economía. Pero, ¿para qué saber contar cuando no tienes que contar?

A medida que se acercaba el final, el bachillerato, empezaba a cansarme un poco. Tenía la cabeza en otro lugar. Siete años de mi vida encerrado como un animal de una especie protegida, en esta reserva natural de treinta y cinco hectáreas que me servía de prisión dorada. Y como todas las prisiones, claro, aquella no era mixta. En fin, veía mi nivel bajar, pero seguía confiado. Incluso un estudiante mediocre, después de una escolaridad en una escuela tan elitista, sólo podía conseguir la mención que le evitaría la vergonzosa prueba de recuperación. Las buenas notas que ya había acumulado en el bachillerato de francés me confirmaban en esta ilusión. Apostaba todo al gran coeficiente de economía en el que todavía tenía buenos resultados, y me olvidaba de las demás materias.

Debí haberme precavido. El día del primer examen del bachillerato, el dibujo, tomo el tren en la estación de Pontoise después de levantarme a la madrugada para estar a las ocho en un improbable instituto de la periferia para componer la obra maestra destinada a darme algunos puntos extra. Mala suerte, el tren en el que subo es un directo a París. Me encuentro en la Gare Saint-Lazare. Mientras encuentro otro tren para regresar, el examen ya ha comenzado desde hace más de una hora. A pesar de todo, me aceptan en la sala. Todavía me queda una hora para dibujar las pocas frutas dispuestas delante de nosotros en una mesa. Entonces recuerdo que no sé absolutamente nada de dibujo, habiendo considerado erróneamente durante todos esos años las clases de artes plásticas como una extensión del recreo. Entrego mi trabajo al cabo de media hora. Qué le vamos a hacer por los puntos extra. No necesito esos pocos miserables puntos para obtener la mención que merezco.

Llega el bachillerato. Los resultados del examen escrito caen, y zas. Un tres en filosofía. Un pequeño trece en ciencias económicas. No es suficiente para compensar mi mediocridad en todas las demás materias. Al final, me saco con una mención bastante bien, después de un oral catastrófico. Al menos esta vez tomé el tren adecuado. Y no tendré que bajar a Épluches. Con toda la vergüenza asumida, tengo el bachillerato, a pesar de todo. La llave de entrada a la universidad. Después de siete años en el privado, ¡finalmente el público! La liberación...

LA VIDA DE PALACIO

Con mi pobre bachillerato con mención suficiente, no podía aspirar a entrar en Sciences Po. Además, mis padres nunca me habrían pagado una habitación en París, y después de haber pasado toda mi adolescencia en una escuela católica, tenía ganas de libertad. Soñaba con estar en mi sitio, con relacionarme con gente normal, es decir, con estudiantes de la misma clase social que yo, ni proletarios ni grandes burgueses.

En Villetaneuse, en esa universidad de los suburbios del norte a la que me habían asignado en función de mi lugar de residencia, no corría el riesgo de volver a ver a mis antiguos compañeros de Saint Martin. Y, con toda probabilidad, los hijos de los obreros ya estaban trabajando en la fábrica. Pensaba encontrar allí a los alumnos del instituto, con quienes esperaba establecer relaciones normales, entre hijos, y también hijas, finalmente, de franceses medios. Pero, ¿era yo todavía un francés medio? ¿Lo había sido realmente? ¿Lo sería alguna vez?

A los catorce años, había dejado el chabola en la que nací y crecí, con mi hermano y mis dos hermanas. Tras un proyecto de construcción fallido en Montlignon, que unos años después me habría permitido ir casi a pie a la universidad de Villetaneuse, o en media hora en tren y metro a la Sorbona, vivíamos ahora en una enorme casa, aún en Auvers, pero a dos kilómetros más allá, aún más aislada que la primera. Una casa burguesa, rodeada de un parque de dos hectáreas, que mi padre había mandado construir a un viejo albañil jubilado, haciéndonos trabajar a nosotros, los chicos, cuando no estábamos en la escuela, para empujar las carretillas de cemento que ese hombre ya no era capaz de mover.

A decir verdad, durante los dos o tres primeros años, solo ocupábamos el sótano de la casa, mientras que los pisos de vivienda seguían en construcción. Había dejado una chabola donde debía compartir una cama de dos plazas con mi hermano en la misma habitación que mis dos hermanas, y me encontraba en esa misma cama, aún con mi hermano, en una habitación sin ventana, en el sótano de una mansión en construcción. Al menos, ahora teníamos acceso a una ducha y a unos aseos dignos de ese nombre.

En cuanto al agua corriente, de hecho, ya no corríamos el riesgo de quedarnos sin ella. Construida en la ladera de la carretera a unos cien metros del Oise, en contra de la opinión del propio albañil, la casa se inundó antes de terminarse. Un metro ochenta de agua en la planta baja. Mi hermano y yo habíamos improvisado una balsa para explorar nuestra nueva casa. Cuando eres niño, te diviertes con todo, incluso con lo peor. Pero cada invierno después de eso, vivíamos con el temor de una nueva inundación que nos dejara nuevamente sin calefacción y a veces sin electricidad.

Finalmente, a los dieciséis años, tenía mi propia habitación, en el piso y más o menos a salvo de los caprichos del río. De hecho, solo tenía el problema de la elección de la habitación, ya que entre tanto, mis dos hermanas se habían ido de casa después de haberse casado apresuradamente para escapar de ese infierno familiar. Mi hermano estaba a punto de irse también. Así que ahora vivía solo con mis padres en ese "palacio" finalmente terminado y dotado de todas las comodidades, pero ahora

desierto. Solo soñando con poder irme a mi vez.

Hay un verdadero palacio en Auvers, y habría conocido tanto al hijo del señor del castillo de la época, que era un compañero de clase en Saint Martin, como al hijo del guarda, un Italiano, ya desescolarizado y un poco traficante, con quien fumaba mis primeros porros durante mis breves momentos de libertad no supervisada. Esa es la historia de mi vida. Nunca supe dónde estaba mi lugar, en el palacio, con los herederos, o en la oficina con los sirvientes. Y ni unos ni otros me han considerado jamás uno de los suyos.

MI PRIMERA VEZ

El verano del bachillerato, mi padre, sin pedirme mi opinión y sin considerar necesario avisarme con antelación, me había conseguido un trabajo para el mes de julio en la agencia bancaria donde tenía domiciliada su cuenta y la de su empresa, en la Société Générale de Pontoise. Hay que creer que tenía cierto crédito con el director, porque ni siquiera tuve que pasar por una especie de entrevista de trabajo, a pesar de que evidentemente no tenía ninguna de las habilidades requeridas y mucho menos las disposiciones naturales para un trabajo de empleado de banco. Más en general, ignoraba todo sobre este fantástico mundo de la vida de oficina.

Viví, por tanto, este inevitable rito de paso, de la infancia y su dinero de bolsillo a la edad adulta del asalariado, como una prueba a la vez necesaria y dolorosa, por así decirlo, como una desfloración. La primera vez, se sospecha que por falta de experiencia previa, no va a ser tan agradable como se había fantaseado, pero se espera que posteriormente, como para todos los demás, vaya mejor, que uno le tome el gusto y que incluso encuentre algunas satisfacciones. En el peor de los casos, a falta de verdadero placer, uno se contentará con el dinero que quieran darnos a cambio de poner nuestra propia persona a disposición del gran capital, para su mayor provecho y pleno disfrute.

Provisionalmente, dejaba el universo reconfortante de la escolaridad, y penetraba en ese mundo desconocido del trabajo remunerado. Para esta desfloración, prudentemente me habían asignado al servicio de compensación, probablemente para evitar cualquier contacto potencialmente catastrófico con la clientela. Cada día, precisamente, los clientes depositan en la Société Générale cheques de otros bancos, y cada día en otros bancos, se depositan cheques de la Société Générale. Para ahorrar movimientos de fondos innecesarios, este servicio tiene la misión de contabilizar todos esos cheques para proceder a su anulación, hasta el saldo, que será el único que se transferirá. Concretamente, consistía para los empleados de compensación en sumar a mano, banco por banco, con la ayuda de una simple calculadora, los miles de cheques depositados el día anterior en la agencia, para dar con la cifra exacta que sería unánime.

Siempre he tenido dificultades para hacer una suma de más de cinco líneas sin equivocarme, así que imagina la probabilidad de que diera con el resultado correcto después de haber sumado durante más de una hora miles de cifras, todas con céntimos después de la coma. En un mes, no creo haber encontrado ni una sola vez el

número correcto a la primera. Era necesario que otro empleado, uno de verdad, revisara mis sumas para dar con el resultado correcto. Un trabajo que él realizaba en veinte minutos, mientras seguía charlando con sus colegas, cuando yo pasaba casi toda la mañana sin llegar a nada. Tenía pesadillas, retomando cada noche esas interminables sumas, preguntándome con angustia dónde podría estar el error fatal que hacía todo mi trabajo inutilizable, y haciéndome sentir inútil.

Mi jefa de oficina, por cierto, no se andaba con rodeos para señalarme lo patético que era como empleado, considerando con razón que mi presencia en esa oficina solo se debía al enchufe del que había gozado como hijo de un gran cliente de la agencia. Serás un asalariado, hijo mío. Esta prueba iniciática fue particularmente dolorosa para mí, y durante toda mi vida, guardaría una profunda aversión por ese trabajo de oficina, al que mi escolaridad pasada y mis futuros estudios parecían destinarme.

Casi hubiera lamentado no haber elegido ser un obrero. Al menos, cuando se trabaja con las manos para realizar una tarea simple, como cortar madera por ejemplo, uno puede a veces pensar en otra cosa. Cuando no trabajaba en la Société Générale, de hecho, los fines de semana o durante las vacaciones escolares, mi padre nos sacaba de la cama a mi hermano y a mí, a las cinco de la mañana, verano e invierno, para ir a trabajar al bosque a treinta o cincuenta kilómetros de casa, después de hacer el trayecto con los otros leñadores españoles o yugoslavos en la parte trasera de una furgoneta con toldo. Al menos, estábamos al aire libre, y mientras quemaba ramas o apilaba troncos, podía dejar vagar mi mente.

Pero tampoco me veía terminando mi vida como un hombre de los bosques, sobre todo con mi padre como jefe. Empezaba a preocuparme seriamente por mi futuro profesional.  Entonces qué?  Bur crata en una oficina o esclavo en una fábrica?  Kafka o Zola?  Y si simplemente no sirviera para nada, como tan pertinentemente me repetía mi padre todo el día, probablemente para darme ánimos?

EL MOVIMIENTO ANTI-AVESTRUZ

Al desembarcar en la explanada de la facultad de Villetaneuse en octubre de 1974, después de pasar siete años en el parque verde de la Escuela Saint Martin en Pontoise, pasé bruscamente del gueto reservado a unos pocos herederos de la alta sociedad al que se asignaba a la demasiado numerosa prole del proletariado suburbano. La democratización de la educación superior, al menos en esa época, significaba sobre todo que un puñado de privilegiados seguiría acaparando las pocas plazas reservadas para ellos en las instituciones más prestigiosas como Sciences Po, mientras que el resto del rebaño se apiñaría a más de mil en anfiteatros previstos para quinientas personas y a cincuenta en clases de trabajos dirigidos previstos para treinta. Los primeros obtendrían finalmente el pase que les permitiría entrar por la puerta grande en su vida profesional como altos ejecutivos, los otros se verían gratificados como premio de consolación con un diploma sin valor en el mercado laboral, que en el mejor de los casos les condenaría a postular para empleos de oficina a los que podrían haber aspirado con el bachillerato, o a preparar oscuros concursos administrativos con la esperanza de convertirse algún día en pequeños funcionarios.

La desesperanza, siempre alimentando la revuelta, París XIII estaba bajo el control de un puñado de estudiantes de extrema izquierda que habían decretado que, si era para obtener un diploma que no valía nada, mejor obtenerlo sin hacer nada. Mis estudios en Villetaneuse se resumieron, por tanto, en una interminable sucesión de huelgas, terminando regularmente cada año con exámenes de pura formalidad, seguidos de una promoción automática por antigüedad. Afortunadamente, estos largos períodos de inactividad a veces se veían amenizados por conciertos en nuestros anfiteatros transformados en salas de espectáculos por un grupo de alegres anarquistas, fundadores del bien llamado Movimiento Anti-Avestruz. Durante esos cuatro años, no aprendí casi nada en economía, pero descubrí a Jacques Higelin, Bernard Lavilliers, Téléphone o el West African Cosmos, que daban allí sus primeros conciertos, en lugar de mis profesores de ciencias políticas o derecho empresarial. Y ya que el destino no parecía dispuesto a hacer de mí un economista, decidí convertirme en rockero también.

LA CASA AZUL

Para tocar la batería, primero y ante todo... hay que tener una batería. Con el dinero de mi primer trabajo de verano, me compré una de segunda mano. Solo me quedaba aprender a usarla. Por recomendación de un amigo, terminé tomando clases particulares en Enghien-les-Bains con el baterista de Dharma, una de las mejores bandas de jazz experimental del momento. Es un poco como si, sin haber tocado nunca un volante, para obtener el permiso de conducir una vieja "dos caballos" y salir de vacaciones, tuvieras como instructor de autoescuela a un campeón mundial de Fórmula 1.

El tipo es encantador. Al darse cuenta rápidamente de que al empezar a tocar la batería de manera casual a los veintitantos años nunca me convertiría en el nuevo Billy Cobham, y que además no era mi intención, acepta enseñarme los fundamentos del acompañamiento rock. Con esas pocas bases rítmicas, decido no hacerle perder más su tiempo y ahorrar mi dinero. Dejo las clases y empiezo a practicar solo. Dos de mis vecinos tocan la guitarra. El bajista, Marc, tiene apenas dieciséis años, cinco menos que yo. Es el hijo del escultor Georges Jeanclos, quien se haría famoso más adelante. Este será mi primer grupo: Los Rebeldes.

Nuestra primera aparición en público es en la fiesta de fin de año del instituto, en el salón de actos de Saint-Ouen l'Aumône. Solo debíamos tocar una canción antes de la entrega de premios, pero el líder del grupo se niega a dejar el escenario y, pretextando besos más o menos imaginarios, enlaza con tres o cuatro canciones más, bajo la mirada furiosa de la dirección. Entre versiones de los Beatles y composiciones bastante cursis de nuestro cantante, animamos algunas fiestas de baile, con un éxito modesto. Con Marc, decidimos separarnos de ese cantante de variedades y formamos un nuevo grupo con unos cameruneses que conocí en la universidad. Este grupo se llamará Mami Wata.

El guitarrista es un verdadero virtuoso y toca a Hendrix como nadie. Triunfamos durante unos cuantos conciertos en salones de actos y otras casas de juventud de la región. Pero este héroe de la guitarra resulta ser demasiado incontrolable. Nunca estamos seguros de que vendrá el día indicado, de que estará en condiciones de tocar, o de que no le faltará una cuerda de repuesto para su guitarra en caso de que rompa una tocando con los dientes. Siempre con el bajista, formamos un grupo alrededor de un pianista que compondrá todas nuestras piezas al estilo jazz rock. Por mi propuesta, el grupo se llamará modestamente Experiencia, en homenaje a Jimi Hendrix, mi ídolo.

Varios conciertos más de bastante buena calidad, y nuestra carrera terminará con una decepción. Debemos tocar en un festival al aire libre en Pontoise, y estamos programados justo antes de la estrella, Valérie Lagrange, quien para la ocasión pone todo el equipo de su grupo a disposición de los teloneros. Pero los retrasos se acumulan. Valérie Lagrange, que sin duda no quiere acostarse demasiado tarde, nos anuncia que para tocar a la hora prevista, ella pasará antes que nosotros... y que luego recogerá su equipo para regresar a París con sus dos camiones y su veintena de roadies. Ironías de la historia, será ella quien haga nuestra primera parte. Contábamos mucho con esa enorme sonorización para dar una actuación excepcional, y ahora

tenemos que conformarnos con nuestros propios amplificadores, para nada adecuados para un concierto al aire libre, frente a un público disperso tras la partida de la estrella de la noche. Ni siquiera tenemos monitores. No nos escuchamos y nos cuesta mucho tocar en ritmo. Para el grupo ya al borde de la ruptura, esto será el golpe de gracia. De todas formas, debo irme al ejército...

Un final amargo, entonces. Mientras tanto, el grupo de la región con el que compartíamos protagonismo, las Blessed Virgins, más acorde con la moda, se ha ido a Londres a grabar su primer álbum. Nunca seré una estrella del rock. Pero para mí, esta experiencia será sin duda la más intensa de mi vida. Durante todo este período, ensayábamos en una increíble casa en Auvers-sur-Oise, la de Rosine Luguet, cuya hija Adélaïde era compañera de escuela de nuestro bajista. El padre de Adélaïde, D'Dée, legendario bailarín del Tabou en Saint-Germain-des-Prés, estaba casado con Ursula Vian-Kübler, la viuda de Boris, lo que más tarde me daría la oportunidad de ver el lugar donde había vivido Vian, en la Cité Véron, en Pigalle.

Rosine era ella misma hija de André Luguet, una estrella del teatro y del cine de la primera parte del siglo veinte. La casa de Rosine era un poco como la Casa azul de Maxime Le Forestier. Ella había tirado la llave, y se podía llegar sin avisar a cualquier hora del día o de la noche para comer, beber o dormir. Se podía sobre todo fumar cualquier cosa que se pudiera fumar en esa época, y que a menudo crecía directamente en el jardín. Rosine también había sido actriz. Notablemente en la Troupe des Branquignoles. Ponía generosamente una habitación de su casa a disposición de los miembros del grupo West African Cosmos, para que pudieran ensayar allí, y después de su partida hacia nuevas aventuras, nos preparábamos para tomar el relevo.

Al llegar a casa de Rosine, no es exagerado decir que uno tenía la impresión de estar en otro lugar. No teníamos muchas ocasiones de cruzarnos con africanos, en esa época, en Auvers-sur-Oise. De la sala de ensayo escapaban sonoridades y ritmos desconocidos, acompañando cantos recitados en un idioma cuyo nombre ignorábamos. Luego nos encontrábamos con los miembros del grupo reunidos alrededor de un plato africano, del cual sacaban directamente con sus enormes manos. Durante unas horas, por una noche o un fin de semana, yo era el hippie que soñaba ser, antes de volver a casa como un burgués estudiante. Todos mis compañeros de entonces, menos prudentes, no sobrevivirían a ese exceso de libertad, que les condujo a algunos hacia esas drogas duras que hacen de los paraísos artificiales un infierno bien real.

Tuve la suerte de evitar al menos dos redadas de la brigada de estupefacientes. Una en mi presencia en la casa de Rosine, donde, milagrosamente, los policías no encontraron ni siquiera una colilla de porro en un cenicero, mientras que unas semanas antes, era un gran manojo de hierba del jardín el que se secaba en la sala de ensayo. La otra en el apartamento de un compañero camello en cuya casa la noche anterior había fumado opio y donde esta vez la policía encontró el gran botín. Acabó en prisión. Si yo hubiera corrido la misma suerte, mi padre nunca me lo habría perdonado, y las consecuencias para mí y para mi futuro habrían sido mucho más terribles que las simples consecuencias judiciales.

Toda mi vida he jugado mucho con fuego, sin quemarme nunca. He tenido la suerte

de no estar nunca en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y a veces he forzado la suerte para estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Parece que un ángel velaba por mí esperando que pudiera conocerle más tarde. En cualquier caso, para mí, era el final de ese maravilloso paréntesis musical. Después de un último casting fallido en Hérouville en la Bergerie de Jacques Higelin, donde uno de los músicos buscaba urgentemente un baterista para un concierto que tendría lugar al día siguiente, vendí mi batería. El ejército, al que no había logrado escapar, iba de alguna manera a devolverme al buen camino...

LOS TRES DÍAS

Tengo veintitrés años y, con mi licenciatura en Ciencias Económicas en mano, aunque ampliamente usurpada, he llegado al final de mi prórroga. Sí, el servicio militar es peor que la cárcel: incluso cuando has obtenido una prórroga, tendrás que cumplir tu condena tarde o temprano. Así que recibo mi convocatoria para lo que entonces llamaban los tres días, que en realidad se reducían a un solo día. Para mí, es en el Fuerte de Vincennes. Por una casualidad extraordinaria, mi cuñado, que acaba de terminar sus estudios de dentista, está realizando su servicio al mismo tiempo y, como miembro del cuerpo médico, ha sido asignado al examen de los jóvenes reclutas convocados en Vincennes para determinar su aptitud para convertirse en buenos soldaditos. Me tranquiliza. Como dentista, no puede decretar directamente mi ineptitud, pero todos los demás jóvenes médicos asignados al consejo de revisión, también reclutas como él, son amigos. Bajo cualquier pretexto, seré reformado, no hay duda.

Todos mis amigos de aquella época, por cierto, ya han sido declarados ineptos. Generalmente, se presentaban a los tres días hechos un desastre, después de varias noches en vela, bajo los efectos del LSD, declarándose locos, homosexuales y suicidas. El ejército tiene un santo horror a lo que no conoce, y detesta las complicaciones. Reprimir a los cabezotas, sí, sabe hacerlo. Es incluso su trabajo. Su misión. Cuidar de los tarados, los drogadictos y los maricas, no. No sabe cómo manejar a estos marginados y teme demasiado la contaminación. Cuando realmente no querías hacer el servicio militar y estabas decidido a demostrarlo, te reformaban. Pero no me veo interpretando, ni siquiera por un día, ese papel de antisocial, que supone una pérdida total de control sobre uno mismo y una confrontación directa con el poder, en este caso el del Estado. No soy un rebelde hasta ese punto.

Toda mi vida, hasta ahora, he tenido que lidiar con la autoridad, la de mis padres, la de mis maestros, la de mis jefes, evitando cualquier oposición frontal que hubiera causado inmediatamente mi ruina. Conducir tranquilamente por caminos rurales con documentos falsos, de acuerdo. Conducir sin permiso, a toda velocidad y completamente borracho por la autopista, está fuera de mis fuerzas. Por eso la vía de reforma casi legal propuesta por mi cuñado me conviene perfectamente. Pero a pocos días de mi convocatoria, llega el jarro de agua fría. El consejo de revisión se ha convertido en un verdadero caos. Los jóvenes médicos reclutas reforman a diestro y siniestro a cambio de pequeños o grandes regalos e incluso a veces por dinero. Hay investigaciones en curso y el control ha comenzado. Ya no se trata de obtener una dispensa a buen precio.

Para pasar de todos modos por entre los huecos de la red, no me queda más remedio que inventarme una tara falsa pero creíble. Mi cuñado me sugiere la epilepsia. Epiléptico un día, epiléptico para siempre. Basta con poder demostrar que ya has tenido una crisis, para ser declarado epiléptico y, por lo tanto, inepto. Mi cuñado está dispuesto a hacerme una receta falsa que acredite esta primera crisis imaginaria. Pero dudo. ¿Ser o no ser epiléptico? Epiléptico, en suma, es un poco como ser actor. Basta con pretender serlo para ser catalogado como tal, pero, por el contrario, si un día decides renunciar a ese estatus, será muy difícil convencer a los demás de que finalmente estás sano de cuerpo y mente, y correrás el riesgo de ser considerado para siempre como un inútil.

Mi vida apenas comenzaba. Planeaba ser profesor. Aprobar concursos. ¿Por qué no ser diplomático? Reformado y epiléptico... Iba a llevar esa marca de infamia toda mi vida. Peor aún, ¿y si, habiendo declarado ser epiléptico, me convertía realmente en uno? Y además, algo dentro de mí, sin duda, se resistía a la reforma. Al fin y al cabo, siempre he sido un legalista, no un revolucionario. Un quejica, más que un verdadero rebelde. Hacer trampa, sí. Cuestionar las reglas del juego, no. Enfrentar las pruebas para salir más fuerte siempre me ha parecido preferible a la evasión. Decidí enfrentar esta. El servicio militar, se decía, hacía de ti un hombre. ¿Y si fuera verdad?

LA FERIA DE LOS FRIJOLES

Soy llamado a filas el primero de agosto. He tomado unas vacaciones en julio para escapar un poco antes de este año de encarcelamiento, pero aún no conozco el lugar de mi detención. De regreso, llamo a mi madre. Ella abre la fatídica carta que acaba de llegar a casa. Arpajon, me dice. No tengo idea de dónde está. ¿En la Costa Azul? ¿En Alsacia? ¿En los suburbios de París? En la universidad, un camarada comunista que tiene amigos bien situados, me ha prometido intervenir a mi favor para que no me asignen demasiado lejos de casa, lo que me permitiría regresar más a menudo con permiso, o incluso volver a casa todas las noches. En aquel entonces, internet no existía. Los teléfonos móviles tampoco. Tenemos un mapa de Francia en el coche, pero encontrar Arpajon en un mapa cuando ni siquiera sabes en qué región buscar es un desafío.

Pregunto a un gasolinero. Todo lo que sabe de Arpajon es su famosa Feria de los Frijoles. Eso no me ayuda mucho. Hay frijoles en todas partes. Según él, estaría más bien al sur de París. Tiene razón, finalmente localizo Arpajon, donde estoy condenado a pasar, por no decir a perder, un año de mi vida. En realidad, solo veré de Arpajon su estación y su cuartel, perdido en el fondo del bosque, y nunca pondré un pie en el centro de la ciudad de Arpajon. Mucho menos en la Feria de los Frijoles.

La clase de agosto es la de los estudiantes, que comienzan su servicio militar al final del año escolar y al final de su aplazamiento. Pero tampoco cualquier tipo de estudiantes. A los más motivados, de hecho, se les ofrece insistentemente antes de su incorporación una preparación militar, que les permitirá ser llamados como aspirantes a oficiales. Los simples reclutas de la clase de agosto son aquellos que no son lo suficientemente rebeldes como para haber sido eximidos, pero tampoco lo suficientemente dóciles como para haber aceptado colaborar ofreciéndose como

voluntarios para ser aspirantes. Así que todos tenemos alrededor de veintitrés años. Algunos muchos más. Varios están casados, e incluso ya tienen hijos. Casi todos son de la región de París, han sido asignados cerca de casa gracias a influencias, y tienen un nivel de estudios de cuatro, cinco o seis años de universidad.

No es realmente el perfil de las otras cinco clases de jóvenes reclutas sin aplazamiento, provincianos, campesinos y a menudo rurales, apenas mayores de edad, y en el mejor de los casos con diploma de estudios primarios. Sin mencionar a una minoría simplemente analfabeta. En resumen, lo suficiente como para desconcertar un poco a los pocos suboficiales encargados de supervisarnos, a veces más jóvenes que nosotros, sin estudios y provenientes de medios mucho menos favorecidos.

El decano de nuestro grupo tiene más de treinta años. Calvo y bastante rellenito, parece tener cincuenta. De estudios en matrimonio, y de matrimonio en crianza, es sin duda el campeón de Francia del aplazamiento. Nadie sabe por qué milagro ha podido escapar tanto tiempo a la conscripción. Para colmo, es periodista de L'Humanité. Por principio, ya que el comunista nunca es antimilitarista, no ha hecho nada por ser eximido, esperando que el ejército tomara la iniciativa de enviarlo de vuelta a casa, lo que finalmente hará después de unos meses. De hecho, este intelectual de izquierdas de apariencia bonachona, razonador sin ser francamente contestatario y mucho menos anarquista, es el peor cliente para un sargento y su jerarquía. El desertor que olvida regresar del permiso, los gendarmes lo buscan y lo devuelven al cuartel donde es puesto bajo arresto, lo que prolongará su tiempo de servicio. Nuestro camarada, él, no cuestiona nada, pero pide educadamente explicaciones sobre todo, fingiendo interés. Explicaciones que sus pequeños jefes, por supuesto, tienen muchas dificultades para proporcionarle. A veces incluso llega a sugerir y proponer... Nada francamente reprochable, pero lo suficiente como para sumir en la más profunda confusión a un suboficial al que solo se le ha enseñado a ladrar.

Cada mañana, todos estamos reunidos en el patio para el izado de la bandera. Luego, al llamado de nuestro nombre, salimos de las filas uno por uno para recibir nuestro correo. Él está suscrito a L'Humanité, que el sargento se ve obligado a entregarle en mano todos los días frente a todo el pelotón en posición de firme, pero riendo. El izado de la bandera es un poco como la misa en el ejército. Y nuestro camarada recibe su ejemplar de L'Huma como si fuera el Santísimo Sacramento. Los mandos tienen una vaga conciencia de que este ritual diario tiene algo de un poco fuera de lugar, incluso de que se están burlando abiertamente de ellos, pero no saben cómo manejar este problema inédito sin arriesgarse a quedar en evidencia. El militar, si bien es muy estricto con el reglamento, teme por encima de todo la Ley de la República. Ningún reglamento preciso parece prohibir a un recluta estar suscrito a L'Huma siempre que no haga proselitismo, y la ley tampoco parece autorizar privarlo de esta edificante lectura. Por supuesto, queda la represión discretamente disuasoria. Pero ¿cómo infligir impunemente castigos a un tipo que es periodista de L'Huma? Al día siguiente, estaría en su periódico...

No os infligiré más el relato de mi servicio militar, aunque habría mucho que contar. Después de un año entero sin hacer nada y sin pensar en nada, regresé a la vida civil en plena forma, con el cuerpo y la mente descansados, con unas ganas multiplicadas de vivir. La experiencia de la prisión, cuando no es demasiado prolongada, tiene el mérito de devolver todo su sentido a la palabra libertad. La del ocio total y la estupidez absoluta devuelve el gusto por la acción y la reflexión. Desde este punto de vista, el servicio militar fue para mí tanto un regreso al vacío original como un verdadero renacimiento.

MIS UNIVERSIDADES

Vuelvo a la vida civil lleno de energía, decidido a recuperar el tiempo perdido. En la facultad de Villeteuse, no conocí la vida de estudiante tal como la había soñado al dejar la Escuela Saint Martin con el bachillerato en la mano. Había optado por Ciencias Económicas porque me interesaba la política, pero también por razones prácticas, pensando que era la mejor vía para acceder a trabajos que me correspondieran y aseguraran un futuro aceptable o incluso a la altura de mis esperanzas. Pero si la economía es una ciencia blanda, nada predictiva y totalmente refractaria a la experimentación, su aparataje metodológico convoca esas ciencias duras que son las matemáticas y las estadísticas. La economía combina, pues, lo más nebuloso de las ciencias humanas con lo más tedioso de las ciencias exactas. Las ciencias económicas y sociales son filosofía y psicología puestas en ecuación. Es un poco como si se intentara probar la existencia de Dios con un programa informático, medir el deseo con una regla, cuantificar la felicidad sentida con un termómetro, evaluar la honestidad de un político con una báscula, y sopesar los pros y los contras con una balanza de cocina.

Aunque soñaba con ser astrofísico, hay que ser realista, soy más bien de letras. Hasta el bachillerato, la economía es historia contada por un periodista. En la universidad, ya no tenía el nivel en matemáticas. Sobre todo después de cuatro años de caos en una universidad en huelga permanente. Aunque milagrosamente obtuve un diploma de consolación, estaba al borde de la desescolarización. Y luego, mi primer trabajo de verano en la Société Générale me dio una idea de lo que me esperaba si persistía en querer ser un ejecutivo, y de lo útil que sería mi conocimiento de las teorías keynesianas o marxistas para ser empleado de banco. Preferiría morir. Si iba a estudiar algo que no llevaría a ninguna parte, mejor elegir una materia que realmente me interesara. Y ya que iba a ser estudiante, que fuera en la mítica Sorbona.

Lo que más me interesaba en esa época era reconectar con mis raíces españolas. Durante mis estudios secundarios, mi padre español me obligó a tomar alemán como primer idioma, e inglés como segundo. Después de todos esos años de estudio, me expresaba tan bien en esos dos idiomas como en latín. Ahora, yo elegiría. Y por el juego de las equivalencias, decidí inscribirme en la Sorbona en segundo año de Licenciatura en Letras Españolas. El único problema era que nunca había aprendido ese idioma durante toda mi escolaridad. No importaba. Ya hablaba un poco de español por haberlo practicado cada verano durante mis vacaciones familiares en la Costa Dorada. Un mes de cursos de verano en la Universidad de Salamanca debería ser suficiente para darme las bases necesarias.

Dos meses después, llegué a Clignancourt. Para la Sorbona, la verdadera, tendría que esperar un poco más. Los dos primeros años de licenciatura en París IV se desarrollan en la Puerta de Clignancourt. Era mejor que Villetaneuse, pero aún más lejos de Auvers-sur-Oise, donde seguía obligado a vivir por no tener dinero para una habitación en París. Pero estaba muy motivado. Era necesario, porque sabía que no tenía el nivel necesario. El primer día de clase en el anfiteatro, llegué tarde. La entrada se hace por el lado del profesor. Todo el anfiteatro tenía los ojos puestos en mí. Me senté lo más discretamente posible y miré a mi alrededor, comprendiendo mejor la incomodidad que sentí al entrar. En el anfiteatro, solo había chicas. Me acercaba al paraíso.

Mis profesores, obviamente, notaron enseguida que era un caso especial. Soy un chico, para empezar, más mayor que los demás, y en cuanto al idioma, al comienzo del año tenía el nivel de cuarto curso. Pero todos se mostraron muy benevolentes, viendo claramente mi extraordinaria motivación. De hecho, me levantaba todos los días a las cinco de la mañana. Un pequeño trote para mantener la forma que tenía durante mi servicio militar, luego atacaba las novelas del programa, en español, obviamente. No conocía más que una palabra de cada dos. Buscaba todas las demás en el diccionario. Continuaba mis lecturas en el tren. Dos horas de transporte para llegar a Clignancourt. Tiempo suficiente para familiarizarme con los clásicos españoles. Todo me apasionaba. La literatura clásica y moderna, española o latinoamericana, el Siglo de Oro y la Guerra Civil. Esa guerra que llevó a mi padre a exiliarse en Francia en 1939 con sus padres. Y que es, por tanto, constitutiva de mi propio destino.

Al final del año, había alcanzado el nivel de mis compañeros. Y el año siguiente obtendría la licenciatura con mención sobresaliente. El tiempo que no pasaba en el transporte o en clase, lo pasaba en la biblioteca. A veces, mis profesores me pedían las referencias de los artículos que citaba y de los que ellos mismos ignoraban la existencia. Pero no había terminado con esta voracidad de aprender. Por el juego de las equivalencias que permiten acortar los cursos, y estudiando siempre al menos dos disciplinas a la vez, acumularía el equivalente a unos quince años de estudios superiores y obtendría siete títulos universitarios en diferentes especialidades.

CONVIÉRTETE EN QUIEN ERES

Con mi entrada en la licenciatura de letras españolas, finalmente accedo al santuario, la Sorbona. En realidad, la mayoría de las clases de trabajos dirigidos tienen lugar en el Instituto Hispánico, en la calle Gay Lussac. No importa, es el Barrio Latino. Y las clases magistrales se imparten en el histórico marco de La Sorbona, con sus majestuosos anfiteatros adornados con paneles de madera y frescos. Los de Villetaneuse eran de hormigón y estaban cubiertos de grafitis. Los profesores de París XIII daban clases con miedo a que un izquierdista les tirara un cubo de agua o un saco de harina en la cabeza, a cara descubierta y sin temor a sanción. Aquí algunos todavía enseñan con toga, y solo tienen que toser al comienzo de la sesión para obtener silencio. Incluso hay quienes dictan sus clases, que las chicas de buena familia toman religiosamente palabra por palabra. Mayo del 68 parece muy lejano, pero confieso que en ese momento solo veo ventajas en este regreso al orden.

En español, hay menos gente que en inglés, los estudiantes provienen de entornos un poco más populares y están más motivados. A menudo, como yo, tienen orígenes españoles, o bien mantienen una verdadera pasión por España y por la lengua de Cervantes. A pocos pasos de la Sorbona, los locales del pequeño Instituto Hispánico son a la vez modernos y ya vetustos. El ambiente allí es más relajado que en la Sorbona, incluso más íntimo. Nos tuteamos con los profesores, tomamos cafés con ellos en el bar de la esquina, hacemos teatro juntos después de las clases, reinventamos el mundo después de los ensayos, seguimos tomando copas hasta el amanecer, y más si surge afinidad.

Habiendo alcanzado el nivel de mis compañeros de la licenciatura en letras españolas, ese año lo compagino con un tercer ciclo en economía en el Centro de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos Aplicados, también albergado por el Instituto Hispánico. Una forma de asegurarme el futuro mientras preparo mi regreso al mundo laboral. Porque todavía no sé qué podría hacer con una licenciatura en español, aparte de intentar las oposiciones para ser profesor, lo cual no me entusiasma mucho. A lo largo de mi vida, al final, a menudo he enseñado, sin considerarme nunca un profesor y sin aspirar a serlo.

Este regreso a la economía me ayuda a conseguir dos prácticas en España que, junto con mis diplomas ya obtenidos, me permiten ingresar a un tercer ciclo en marketing en Sciences Po. O cómo salir por la puerta grande de una de las escuelas más prestigiosas después de haber entrado por una ventana que quedó abierta. En Sciences Po, me reencuentro, por así decirlo, con mis compañeros del Colegio Saint Martin. No son los mismos, obviamente, pero provienen de la misma élite. Todos llevan nombres largos y con partículas, o cuando no es el caso, llevan nombres de marca. En mi promoción hay una señorita Peugeot. Los fines de semana, organizan entre ellos rallyes sociales. Ni siquiera sabía que eso existía. Y todavía no sé exactamente qué es. Sin ser sectarios, tienen la amabilidad de invitarme, pero declino, temiendo nuevamente no estar en absoluto en mi lugar y hacer el ridículo al infringir códigos que no conozco.

Para celebrar el fin de este año de estudios en Sciences Po, acepto sin embargo ir a una fiesta en casa de una de nuestras compañeras adineradas. Las ventanas dan a los jardines de Matignon. Y me doy cuenta de que estoy en casa de un ministro cuando asoma la cabeza por la puerta para saludar a su hija y ver si todo va bien. La historia me ha alcanzado. Aquí estoy nuevamente codeándome con un entorno elitista al que no pertenezco, sin pertenecer tampoco a ningún otro.

Resta saber qué hacer con mi vida. Empezando por esta vida profesional en la que, con más de veinticinco años, aún no he entrado. Es en Sciences Po, como otros en Lourdes, donde tengo una revelación. Uno de nuestros ponentes es Georges Péninou. En esa época, es uno de los pocos especialistas en Francia en semiótica aplicada al marketing y la publicidad. De repente vislumbro la posibilidad de conciliar mi gusto por la lengua y la literatura con mi verdadero interés por el marketing. Péninou fue formado por Barthes. Pero Barthes ha muerto. Solo me queda saber dónde se puede aprender semiótica en París y quién ha tomado la sucesión de Barthes en la École Pratique des Hautes Études, donde enseñaba hasta que fue atropellado por una camioneta justo frente a la Sorbona. Mi vida no ha sido más que una larga búsqueda, tratando de descubrir quién quería ser. "Conviértete en quien eres", decía Nietzsche. Fácil de decir. Primero hay que saber quién eres. Y eso solo se sabe al final, y con la condición de haber buscado mucho. Yo sigo buscando...

ALGIRDAS JULIEN GREIMAS

A la espera de convertirme en quien quiero ser, es decir, por ahora, semiólogo, aunque aún apenas conozca el significado de esta palabra, he conseguido gracias a Sciences Po una pasantía en una empresa de estudios cuyo nombre no mencionaré, filial francesa de un grupo americano especializado en estudios cuantitativos y reputada por haber desarrollado un modelo de predicción de ventas. Cuando un anunciante planea lanzar un nuevo producto, esta empresa se encarga de entrevistar a los consumidores potenciales sobre su grado de interés en esta novedad. Luego, introduce en su misterioso programa los resultados de esta encuesta, así como un conjunto de otros datos de marketing sobre el nivel de precios, el canal de distribución, la cantidad de la inversión publicitaria prevista y muchos otros factores. Finalmente, después de digerir toda esta información, el ordenador central, ubicado en la casa matriz en Estados Unidos, emite su oráculo como la Pitia de Delfos.

El secreto de este modelo predictivo, que ha hecho la fortuna de esta empresa de estudios, está tan bien guardado como la receta de Coca-Cola, y ni siquiera la filial francesa lo conoce. El día señalado, teniendo en cuenta el desfase horario, hay que llamar al mítico creador de esta fórmula mágica, un sabio "doctor" que reside al otro lado del Atlántico, para que entregue de viva voz la cifra fatídica, salida de no se sabe dónde, que decidirá el destino de este nuevo producto. En resumen, no estamos lejos de Nostradamus. Si esto es lo que son los estudios cuantitativos, supuestamente científicos, ¿por qué no intentar la semiología?

Continúo mi investigación y descubro que todavía existe un curso de semiología en la Sorbona dentro de la famosa École Pratique des Hautes Études, donde han enseñado los más grandes investigadores en ciencias humanas, y que se caracteriza, como el Collège de France, por el hecho de que sus enseñanzas están abiertas a los oyentes libres. Voy allí. En realidad, se trata principalmente de un curso de fonética, impartido por uno de los más grandes lingüistas de la época, André Martinet, y es su esposa Jeanne quien, mientras asiste a su marido en cada sesión, a veces destila como telonera algunos rudimentos de semiología. Así que es en pareja que los Martinet, ya bastante mayores, imparten en los áticos de la Sorbona, frente a un puñado de doctorandos, una enseñanza muy académica. Estamos lejos de Barthes, y entiendo desde la primera clase que, si la investigación en semiología se sigue llevando a cabo en algún lugar de París, no es allí donde sucede.

Interrogo a uno de estos viejos estudiantes, y me da una mejor pista, la École des Hautes Études en Sciences Sociales, que a pesar de un nombre bastante similar no tiene nada que ver con la École Pratique des Hautes Études. Al parecer, un tal Algirdas Julien Greimas, de quien nunca he oído hablar, esparce allí la buena nueva. Decido ir a ver. El seminario de Greimas se lleva a cabo cada miércoles a las 14 horas en el anfiteatro de la Facultad de Teología Protestante, en Port-Royal, y también está abierto a los oyentes libres.

Tan pronto como entro en lo que parece una capilla, repleta de fieles, donde el maestro está a punto de officiar, tengo la revelación, una más, de que estoy a punto de participar en un momento clave en la historia de la investigación. Parecido vagamente a Einstein, con sus grandes bigotes, Greimas es tan viejo como Martinet, pero se ve

enseguida por su aire risueño y sus ojos traviosos que es más joven de espíritu que la mayoría de sus discípulos, que por otro lado se dividen en dos categorías. Los primeros, llamados los doce apóstoles, son intelectuales treintañeros de alto nivel, generalmente todavía doctorandos pero a menudo ya profesores. Forman parte del círculo restringido que rodea al profeta de la Escuela de Semiótica de París, que no es una escuela en el sentido administrativo del término, sino más bien un movimiento de pensamiento y una corriente de investigación. Porque la comparación con la religión se detiene en la decoración algo polvorienta de este gran seminario y en la pasión que anima a todos los participantes. Aquí, no hay gurú. De toda la asamblea, Greimas es sin duda el que menos se toma en serio. Comparte el escenario con sus adeptos, y cualquiera en la audiencia puede tomar la palabra en cualquier momento. Aunque pocos se arriesgan realmente por miedo a decir una tontería. Porque lo mínimo que se puede decir es que todo esto está a un nivel muy alto. Sobre todo para mí que, con mi formación económica y literaria, no tengo ningún conocimiento en lingüística y aún menos en semiótica.

Es simple, estas personas han redactado un diccionario para entenderse mejor entre ellos, el Dictionnaire Raisonné de la Théorie du Langage. Están escribiendo juntos el segundo tomo, y cualquiera puede proponer entradas y definiciones. Es, por tanto, un idioma que me es totalmente extranjero. La buena noticia es que se puede aprender. Aquí, no es en absoluto un maestro, supuesto saber, como diría Lacan, quien imparte enseñanza a unos alumnos deseosos de aprender. En este anfiteatro, no se está seguro de nada, se busca juntos, se está dispuesto cada día a cuestionar la pertinencia de lo que se pensaba haber encontrado el día anterior, y finalmente se asiste, o incluso se contribuye, al surgimiento de un conocimiento en proceso de constitución. En mi ya larga carrera de estudiante, es la primera vez que tengo la oportunidad de vivir una aventura intelectual colectiva de este tipo, y es un impacto. Me perdí a Barthes, no dejaré pasar a Greimas.

10 RUE MONSIEUR-LE-PRINCE

Con las primeras indemnizaciones de mis diversas prácticas, todavía no puedo pretender alquilar un estudio a mi nombre en París. Para eso necesitaría un contrato indefinido, con nóminas considerables. Pero al menos, he encontrado un subarriendo por Montparnasse. Una chica de la facultad que se va un año con Erasmus a España. No es exactamente mi casa, pero cuando pongo el pie por primera vez en esa buhardilla, es como si caminara en la Luna. Un pequeño paso para cualquier estudiante, un gran salto para mí. Ya no tengo que rendir cuentas a mi madre. Ya no recibiré órdenes de mi padre. A partir de ahora, las únicas órdenes vendrán de mis jefes. Las menos posibles, pero hay que hacer algunas concesiones. Y los jefes, en el peor de los casos, siempre se pueden cambiar... mientras se espera poder prescindir de ellos algún día.

Pero sobre todo, con este pie en París, ¡adiós a los trenes de cercanías! Casi dos horas para ir de Chaponval a París muy temprano por la mañana, y lo mismo para regresar tarde por la noche. Lo que hacía imposible cualquier salida con amigos después de clase o cualquier vida parisina en general. Un ahorro considerable de tiempo y energía, que me permitirá comenzar a estudiar seriamente la semiología, mientras sigo trabajando en la empresa de estudios donde ya hice prácticas, y donde acabo de ser contratado a tiempo parcial. Este será mi lema de ahora en adelante: nunca más en mi vida un trabajo a tiempo completo.

Llegué al seminario de Greimas a mediados de año, demasiado tarde para inscribirme en el tercer ciclo en la EHESS. Y apenas tengo nociones de lingüística y menos aún de semiótica. ¿Es razonable emprender directamente una tesis sobre este tema? Aprovecharé lo que queda del año escolar para ponerme al día, asistiendo al seminario y a los talleres como oyente libre. Porque además del gran seminario del miércoles, los discípulos más fieles de Greimas animan cada semana talleres de investigación especializados en los diversos campos que la semiótica pretende abordar. Los mismos títulos de estos talleres son absolutamente incomprensibles para los no iniciados, empezando por mí. Pero, milagro, uno de ellos está dedicado a la comunicación publicitaria.

Está dirigido por Jean-Marie Floch. Mucho más joven que Péninou, quien ya está cerca de la jubilación, apenas tiene cuarenta años en ese entonces, y descubro que es el mayor especialista del momento en esta disciplina. Más importante aún, no solo es un investigador destacado, que ya ha publicado varios libros dedicados a la semiótica de la imagen, sino que también trabaja como freelance para consultoras y agencias publicitarias. Justo lo que sueño hacer algún día. Queda por lograr que me acepten como oyente libre en su taller, y para ello, me presento en el lugar a la hora prevista para la próxima sesión.

La mayoría de los talleres tienen lugar en el primer piso de un pequeño edificio vetusto, en el 10 rue Monsieur-le-Prince, no lejos de la Sorbona. Más tarde descubriré que Auguste Comte vivió allí alguna vez. En la planta baja hay un trastero, en el piso un pequeño armario que sirve como oficina a Greimas, y otra sala apenas más grande donde se llevan a cabo los talleres. Se sabe que la República es poco generosa con sus investigadores, y la universidad lo es aún menos con este truhán algo extranjero y su

grupo de jóvenes doctorandos exaltados que rompen las fronteras bien establecidas entre las diferentes disciplinas, pretendiendo proporcionar un lenguaje común a todas las ciencias humanas.

Jean-Marie Floch me recibe amablemente. La Escuela de Semiótica de París está abierta a todos, incluidos algunos iluminados que, sin duda debido a su metalenguaje aparentemente esotérico, toman a Greimas por un gurú y a sus seguidores por una secta. Aunque somos menos de una decena, lo más difícil es encontrarme una silla no muy inestable y un lugar donde ponerla. Después de eso, encantado, asisto por primera vez al Taller de Semiótica Publicitaria dirigido por este gran especialista en la disciplina. Esta primera vez será también la última para mí. La semana siguiente, Jean-Marie Floch nos anuncia que suspende su enseñanza hasta el final del año escolar. Entre sus trabajos de investigación y su actividad de semiólogo freelance, está desbordado y debe hacer elecciones. Además, su esposa acaba de dar a luz a su segundo hijo.

Es una decepción para todos y para mí una catástrofe. Pero no soy de los que se dejan abatir. Propongo a los otros participantes continuar el taller en autogestión. Una autogestión de la que pronto tomaré el control. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que la mayoría de mis compañeros, que llevan allí varios años y algunos de los cuales están preparando una tesis con Greimas, tienen una concepción bastante mística de la semiótica, y hacen un uso más bien surrealista de su metalenguaje. A pesar de las apariencias, no saben mucho más que yo. Pero yo soy perfectamente consciente de la ignorancia en la que me encuentro de esta disciplina en realidad muy rigurosa, estoy decidido a aprender y ya he comenzado a hacerlo leyendo y releendo todos los libros de Greimas.

En comparación con los demás, también tengo la ventaja de conocer bien la publicidad, de la que ellos no saben nada. En resumen, en unas pocas semanas, estos corderos abandonados ya me consideran, más o menos a pesar mío, como su nuevo pastor. Impongo mi autoridad y reemplazo a este ilustre profesor de cuyo curso solo asistí uno. Toda mi vida habré practicado antes de saber y enseñado para aprender. El principio del taller era que cada uno de los participantes trabajara en un ejercicio práctico, a entregar al final del año. Cuando llegó el momento, entregamos todos nuestros trabajos a Jean-Marie Floch, quien acepta volver para la última sesión con el fin de cerrar el taller. Por mi parte, con las pocas nociones de semiótica que pude adquirir por mí mismo con la ayuda de mis lecturas, hice el análisis de un anuncio de automóvil. Al final de esta última sesión, Floch pide verme. ¿Me reprochará haber aprovechado su ausencia para organizar un golpe en su taller de semiótica publicitaria? ¿Me hará entender amablemente que el trabajo que le entregué no es digno de un estudiante de tercer ciclo? En resumen, ¿se habrá dado cuenta de que no soy más que un impostor?

Para mi gran sorpresa, sin hacer ningún comentario sobre el trabajo que le entregué, me propone reemplazarle con uno de sus clientes para un análisis semiótico que no tiene tiempo de hacer él mismo. Estoy, por supuesto, muy sorprendido, encantado y completamente angustiado. El cliente en cuestión es un grupo informático, y se trata de anuncios para componentes electrónicos. No solo nunca he realizado estudios semióticos para un verdadero anunciante, sino que tampoco sé absolutamente nada

sobre este universo de productos.

Además de mi trabajo como encargado de estudios, me encuentro analizando en mi buhardilla un vasto corpus de anuncios más bien técnicos y bastante austeros para productos misteriosos que, por lo tanto, no son de gran consumo y desconozco a quién realmente están destinados. Floch viene a verme una vez para asegurarse de que todo va bien. Le presento mi trabajo mientras le hago saber mi desconcierto. No lo volveré a ver hasta el día de la presentación ante el cliente, donde me deja exponer mi análisis sin hacer ningún comentario.

Hay que creer que mi presentación no fue tan catastrófica, porque Jean-Marie luego me confía varios otros análisis, esta vez en el campo de los productos farmacéuticos con los que, por supuesto, estoy igualmente familiarizado. Para coronarlo todo, para aligerar un poco su agenda, Floch me propone al inicio del curso siguiente dirigir su taller en alternancia con él. Yo me encargaré de la semiótica publicitaria y él de la semiótica visual, su campo de predilección. Seis meses después de haber descubierto la semiótica, por propuesta de Jean-Marie Floch a Greimas, quien confía plenamente en él, tengo la responsabilidad de enseñarla, como director de esta unidad de investigación bajo los auspicios de la EHESS y el CNRS. Mi carrera de impostor está lanzada. Nada podrá detenerme.

Sin embargo, para adquirir un mínimo de legitimidad, considero más prudente inscribirme en el DEA, para aprender oficialmente los primeros rudimentos de la disciplina que, de hecho, tendré la responsabilidad de enseñar a los doctorandos de Greimas.

EL BOUGNAT

A unos pasos del número 10 de la calle Monsieur-le-Prince, donde debo dar mi primera clase de semiótica publicitaria, se encuentra en esa época un minúsculo bistró atendido por un auvernés. Ignoro si todavía existe. Algunos rincones de París no han cambiado mucho desde los años cincuenta, y el bistró de este bougnat, en pleno Barrio Latino, ya pertenece a otro tiempo. Los miércoles, la agenda de Greimas está organizada con precisión. Hacia las nueve toma su café en este bistrot donde tiene su mesa, y a veces da algunas citas allí. Luego trabaja en su minúscula oficina, justo enfrente de la pequeña sala donde se realizan los talleres. Después vuelve a almorzar con el auvernés, a veces en compañía de otras personas que han solicitado una entrevista, o con sus discípulos más cercanos. Aún no existe el teléfono móvil. Por lo tanto, aquellos que quieren contactar con el maestro no dudan en llamar al bougnat, quien actúa como recepcionista del líder de la Escuela Semiótica de París, y que sin saberlo, debe haber tenido al teléfono a todos los grandes intelectuales de la época. Luego, Greimas toma el metro para ir a Port-Royal a dar su gran seminario, a menudo en compañía de invitados destacados como Paul Ricœur o Umberto Eco, invitados a compartir la tribuna con él para aportar su contribución o incluso su contradicción.

Porque Greimas no teme la controversia, al contrario, estimula su mente. Incluso cuando se trata de expresar sus dudas, tiene respuesta para todo, sobre cualquier tema y con cualquier interlocutor. Es uno de los mayores pensadores del siglo XX, pero también sabe manejar el humor, lo que hace que sus intervenciones sean más accesibles, incluso en los temas más áridos. Cuando termina de responder a una pregunta, aunque solo unos pocos iniciados realmente hayan comprendido el sentido de lo que dijo, los demás al menos recuerdan haber entendido la broma que hizo al principio, y eso les tranquiliza un poco. El seminario continúa de manera informal en el café de la esquina donde el maestro, para relajarse, parece disfrutar más de la compañía de las mujeres guapas que de la de los viejos doctorandos.

Si bien a Greimas le encanta el debate, no es aún mi caso. Y por supuesto, estoy petrificado ante la idea de enfrentarme por primera vez, como profesor, a estos estudiantes que hasta hace unos meses eran mis compañeros. Sobre todo cuando el propio Greimas está en la oficina de al lado, o incluso cuando Joseph Courtés, quien actúa como su secretario, pero que escribió con él el famoso Diccionario Razonado de la Teoría del Lenguaje, se encuentra en la misma sala donde doy mi clase, y escucha cada palabra que pronuncio mientras ordena sus papeles o escribe a máquina. Es por eso que los miércoles por la mañana, antes de dar mi clase, yo también voy al bougnat, y con mi café tomo un pequeño calvados para relajarme un poco.

Contra todo pronóstico, la asistencia a mi taller de semiótica publicitaria explota muy pronto. Además de los estudiantes habituales, todo lo que París cuenta de freelance deseosos de adquirir a buen precio algunos conocimientos básicos de semiótica se apresuran a asistir a mis clases. Dada la extrema pequeñez del lugar, algunos deben quedarse en el rellano. Floch me informa que Greimas, con quien aún no he tenido una conversación real, se asombra y se divierte. ¿Pero qué les cuenta Martínez para que haya tanta gente en su taller?

UN GRAN JEFE

Se acerca el final del año escolar. Floch, hasta entonces freelance, recibe una propuesta del Instituto Ipsos para crear un departamento de estudios semióticos. Acepta y, unos meses después, me pide que vaya a trabajar con él. Para mí es un nuevo sueño hecho realidad. En Ipsos, podré codearme diariamente con el mayor especialista francés en semiótica visual y publicitaria, no como profesor, sino como compañero de trabajo. Y, por supuesto, en su contacto, aprenderé más sobre semiótica aplicada en un mes que cualquier otra persona en un año de estudio.

Nuestras oficinas se encuentran en el piso de la dirección, justo al lado de las de los dos grandes jefes de este instituto bicéfalo, Didier Truchot y Jean-Marc Lech. Ipsos Semiótica, es decir, Floch y yo, está directamente vinculado a la dirección. Solo tenemos que rendir cuentas a nuestros dos jefes, y nos otorgan una libertad extrema. El primero asesora a los políticos más importantes del momento, hasta el Elíseo. El segundo asesora a los grandes empresarios. El brillante y elegante intelectual que es Jean-Marie Floch seduce tanto al hombre de estudios que es Jean-Marc Lech como al hombre de negocios que es Didier Truchot, formando ambos una pareja directiva inseparable cuya continuidad, hasta la muerte del primero, será un tema de admiración para todos y un misterio para mí. En la Rue des Jeûneurs, donde el instituto aún está domiciliado pero donde pronto se quedará pequeño, llegan incluso a compartir la misma oficina. Como todas las parejas que duran, tienen personalidades muy diferentes.

Lech es más bien un lobo solitario, un hombre de redes pero no realmente un hombre de empresa. No es tierno, y maneja una ironía a veces cruel, por no decir un cierto cinismo. Pero, por supuesto, también tiene su complejidad y su lado oscuro. Es más un ideólogo que un humanista.

Bajo una apariencia despreocupada y un poco brusca, Truchot es tímido, afectivo e intuitivo. Aunque no evita ninguna confrontación, le gustan las personas, las respeta, y eso es lo que hace de él un jefe admirado por sus empleados. Partiendo de la nada, Didier Truchot ha construido a lo largo de los años una de las tres empresas de estudios y encuestas más grandes del mundo. Durante mi "entrevista de trabajo" se limita a decirme que si Jean-Marie Floch me ha elegido para trabajar con él, es porque debo ser la persona adecuada, y eso le basta. Cuando presenté mi dimisión unos años más tarde, sin que hubiera habido ningún conflicto entre nosotros, este hombre muy ocupado se tomó nuevamente el tiempo de hablar conmigo. ¿Hay alguna razón particular para tu decisión que pudiéramos discutir y que te hiciera cambiar de opinión? Le respondí que no, que era una decisión personal. En ese caso, te deseo buena suerte, y si alguna vez quieres volver, Ipsos siempre tendrá algo que ofrecerte. Eso es que llamo tener clase.

No volví a trabajar en Ipsos, y solo me encontré con Didier Truchot unos años más tarde, en el funeral de Jean-Marie Floch, quien lamentablemente nos dejó prematuramente. Este gran jefe, que llegó con su chófer, me reconoció de inmediato y me llamó por mi nombre. Y durante esta conmovedora ceremonia, a la que asistió hasta el final, lloraba.

Se reconoce a los pequeños jefes porque siempre buscan un chivo expiatorio para asumir sus errores en su lugar. Se reconoce a los grandes jefes porque asumen no solo sus errores, sino también los de todos los que están bajo su responsabilidad, como si fueran sus propios errores. Es en la tormenta donde se reconoce a un gran capitán. Porque en la tormenta, un verdadero capitán no se limita a mantener el timón apretando los dientes y rezando a Dios, esperando que pase. El gran capitán no está hecho para la navegación en aguas tranquilas. Es en la tormenta donde se revela, se trasciende y realmente existe. Vi a Didier Truchot enfrentar situaciones de crisis como un gran jefe, situaciones que el secreto profesional me impide detallar. Pero, sin embargo, puedo contar una anécdota.

A Ipsos se le confió un gran estudio para el reposicionamiento del periódico Le Progrès de Lyon, acompañado de un análisis semiótico. Jean-Marie Floch, en el último momento, me dejó el honor de ir a presentar los resultados de este estudio en Lyon, con Didier Truchot y otro director de estudios encargado de la parte cuantitativa. Debo reunirme con ellos directamente en la estación para tomar el TGV juntos, pero cuando llego allí, no hay nadie en el andén. Sin considerar necesario avisarme, el director de estudios en cuestión ha preferido tomar el tren anterior. No tengo la dirección del encuentro. En Lyon, me dirijo lógicamente a la sede del periódico, donde me informan que la presentación se realiza en el domicilio personal del jefe del periódico, quien tiene una pierna enyesada y vive a 50 kilómetros de Lyon. El chófer del periódico me lleva allí. Ya estaba bastante estresado por la perspectiva de presentar un estudio ante un jefe de prensa y ante mi propio jefe, así que se pueden imaginar mi nivel de serenidad al llegar allí. Entro y veo a Didier Truchot exponiendo los resultados bastante complejos de mi estudio semiótico ante el director de Le Progrès y todo su equipo editorial, con una simple pizarra en la que ha garabateado algunos mapas. Ha leído mi informe en el tren, pero no tiene ningún soporte visual de presentación, lo que en ese momento llamábamos transparencias, ya que las tengo en mi maletín. Me toman el pelo amablemente, me siento tranquilamente en un rincón, y Didier Truchot termina su presentación que estaba llegando a su fin. Hice el viaje desde París para nada. No pude hacer la presentación de este estudio tan estratégico y, accesorio, muy costoso para el cliente. Aunque la culpa no es directamente mía, mi jefe podría fácilmente encontrar razones para reprocharme. En el tren de vuelta, en el bar del TGV, relajado como siempre, no hace la menor alusión a mi fracaso, y no me guarda ningún rencor. Para mí, fue un drama, para él, solo una peripecia.

Otra anécdota. Una mañana, al llegar a la oficina, unos empleados se dan cuenta de que una señora de la limpieza ha tirado toda la contabilidad de la empresa a la basura. La noche anterior, el contable imprudentemente dejó todos esos archivos apilados en el suelo, y esta buena mujer, tomando todo eso por papeles viejos, lo tiró todo. Recuperamos in extremis los archivos en la basura colectiva, justo antes del paso del camión de basura. Ni el contable ni la señora de la limpieza fueron despedidos por eso, y todos aún se reían de ello años después. El error es humano, y es el papel de un gran jefe asumir los errores de sus empleados. Hoy, Didier Truchot figura entre las cien mayores fortunas de Francia. Para tener éxito, o simplemente para sobrevivir, siempre hay que ir al frente y a menudo incluso al sufrimiento. Pero uno puede ser un gran intelectual o un gran jefe sin perder el sentido del humor y manteniendo un mínimo de humanidad.

LOS DUETISTAS

Con Jean-Marie Floch, en Ipsos, realizaré en unos años un centenar de estudios semiológicos sobre los temas más diversos, desde la política a la alimentación, desde la prensa a la automoción, desde la industria del lujo a la industria armamentística... Estos estudios muy estratégicos nos son confiados, la mayoría de las veces, directamente por Jean-Marc Lech y Didier Truchot, muy cercanos a todos los círculos del poder político y económico de la época. Por lo tanto, no necesitamos hacer promoción para vender nuestros servicios. Intervenimos a petición de los grandes empresarios, y es la mayoría de las veces ante ellos que presentamos nuestros análisis. Aunque nuestras prestaciones son muy caras, no generamos apenas beneficios, ya que el tiempo dedicado a cada uno de nuestros estudios es considerable y, a diferencia de lo que ocurre en el ámbito de los estudios cuantitativos, no hay delegación ni mecanización posible. Sin embargo, el hecho de poder ofrecer análisis semiológicos es valioso para Ipsos. Desde Barthes, la semiología disfruta y padece al mismo tiempo de la imagen de una disciplina bastante compleja y muy misteriosa, incluso confusa. Pero fascina. Abrevados de cifras cada día, los decisores se dan cuenta de que los estudios cuantitativos no son la respuesta a todo, especialmente cuando se trata de los problemas más delicados relacionados con la imagen de la marca y de la empresa.

Y luego la empresa, justamente, aunque generalmente esté dirigida por hombres de marketing egresados de las grandes escuelas comerciales, mantiene una cierta curiosidad tanto respetuosa como un poco burlona hacia el mundo universitario. Así como el rey necesita a su bufón, el CEO sabe que de vez en cuando, una mirada independiente e incluso ligeramente impertinente, y un punto de vista original y desfasado, podrán renovar un poco la visión que le devuelven sus cortesanos a lo largo de los años. Como investigador, sin embargo muy familiarizado con los problemas de la comunicación publicitaria, Jean-Marie Floch no tiene ninguna dificultad en seducir a los más curiosos de estos hombres de marketing. Es brillante. Tiene sentido del humor. Es atento y considerado con todos, desde la secretaria hasta el CEO. Sabe mostrarse pedagógico siempre teniendo la apariencia de saber mucho más de lo que su auditorio sería capaz de comprender. Para mí, trabajar con él es simplemente un sueño. Aunque él es mi director y yo su encargado de estudios, me considera si no como un igual al menos como un hermano menor aún un poco tosco y un poco turbulento. Nunca me dará una orden. Desde el principio, aunque tengo mucha menos experiencia que él, nos repartimos el trabajo. Él hace sus estudios, yo los míos, y en el transcurso, intercambiamos nuestros primeros resultados, las dificultades que encontramos y nuestras dudas. Para usar una de sus expresiones favoritas, nos servimos mutuamente de sparring partner, como los boxeadores en entrenamiento. Critica mis análisis o los completa. Yo critico los suyos y le hago sugerencias, que casi siempre integra. Discutimos, incluso nos oponemos, a veces ruidosamente. Pero debemos reconocer que somos complementarios. Él sabe mucho más que yo en semiología, yo sé un poco más que él en marketing. Tiende a producir análisis un poco demasiado sutiles, a veces difíciles de entender para los no iniciados. Yo le llevo a más simplicidad, esforzándome también en hacer que sus recomendaciones sean más operativas. Corrige mis errores. Mis faltas de ortografía, a veces.

Jean-Marie Floch es para mí mucho más que un maestro, y yo soy para él mucho más que un asistente. No nos separamos o muy poco. A menudo aprovechamos la pausa del almuerzo para visitar a paso ligero, ya que Jean-Marie es un montañero, exposiciones de pintura o fotografía en el Grand Palais o en Beaubourg. Es un especialista en semiología visual, y un gran conocedor en estos dos campos. Además, también es fotógrafo, y dibuja muy bien.

Los miércoles por la mañana, vamos a animar por turnos nuestros talleres de semiología, y nos encontramos por la tarde en el seminario de Greimas. Porque una de las condiciones no negociables de nuestra llegada a Ipsos era que conserváramos un día a la semana libre para la investigación universitaria. Rápidamente conozco a Martine, la esposa de Jean-Marie, y a sus dos hijos. Nuestras conversaciones van mucho más allá de nuestro trabajo. Nos contamos todo. Él tiene una decena de años más que yo, tiene una vida bien ordenada. Su esposa lo llama todos los días al final de la tarde para recordarle que lleve una baguette a casa. Una manera de decirle que lo ama y que espera que regrese a casa. Yo estoy soltero, salgo mucho. El fin de semana, solo esta vez, aprovecho de ser finalmente parisino para visitar museos y exposiciones, para ir al cine y al teatro. En el mismo día, me sucede ir a ver dos exposiciones, dos películas y una obra de teatro. Leo muchísimo. Todo lo que se ha publicado en el ámbito de las ciencias humanas. Ensayos sobre pintura y fotografía, también. Biografías de pintores. Por supuesto, intercambio con Jean-Marie sobre todos estos temas. Me recomienda libros. A veces me los compra. Envidio su felicidad familiar. Él se divierte con mis aventuras y desventuras de todo tipo.

En Ipsos, apenas se nos ve el uno sin el otro. Aquellos que menos nos aprecian, considerándonos con razón como las bailarinas de la dirección, y por lo tanto como parásitos, nos llaman los duetistas. Para hacernos sentir que solo somos entretenedores, por no decir payasos, y que vivimos a su costa, ellos que realmente trabajan y generan ingresos. Nos envidian sobre todo nuestra independencia, nuestra libertad, nuestra aura de intelectuales, y nuestra empresa vagabunda de los miércoles para regresar casi clandestinamente a la escuela. Somos aves de paso. Ellos son animales de corral. Floch es un hombre apresurado, sabiendo tal vez inconscientemente que pronto se irá, llevado por una terrible enfermedad que lo alcanzará en el lugar mismo donde se creía más fuerte: el cerebro. A los cincuenta años, aún parecía un pájaro caído del nido. La caída, finalmente, habrá sido demasiado brutal. También me habrá enseñado a vivir con urgencia, como si cada día pudiera ser el último.

EL ESTATUS DE LA LIBERTAD

Un balance sigue siendo un balance, y un jefe sigue siendo un jefe. La presión aumenta para que Ipsos Semiótica logre, al menos, equilibrar sus cuentas. Nos empujan a convertirnos en un departamento generalista de estudios cualitativos, ofreciendo, entre otras cosas, análisis semióticos. Y para ello, nos incitan a contratar a otro director, que desarrolle esta nueva gama de servicios más clásicos pero más rentables, ya que se realizan mucho más rápido.

Llega el nuevo recluta. Pronto percibo el peligro. Dos directores para un solo encargado de estudios es como el ejército mexicano. El nuevo director es, ante todo, un comercial. De hecho, vende muchos más estudios que nosotros, principalmente lo que llamamos reuniones de grupos de consumidores que él mismo modera, lo cual solo le lleva cuatro horas de su tiempo cada vez. Pero luego, alguien tiene que resumir todo eso y sacar algunas conclusiones operativas.

Unos días después de su llegada, deja un expediente en mi escritorio y me dice, como si fuera una obviedad: ¿Podrás escribir el informe? Hay momentos en los que el rumbo de tu vida depende de tu capacidad para responder negativamente a una pregunta que aparentemente solo tiene una respuesta afirmativa. Soy consciente de estar viviendo uno de esos momentos clave, y sin pensarlo, le doy la respuesta de Bartleby de Melville a su jefe: "Preferiría no hacerlo". Es decir, en francés, simplemente no. Finge estar sorprendido. Espera un comentario. ¿No? No. No le daré más explicaciones. No me incorporé a Ipsos para hacer el mismo trabajo de encargado de estudios que hacía antes. Vine para hacer semiótica. Y ni siquiera Jean-Marie Floch, mi maestro en la materia, me ha pedido nunca que escribiera uno de sus informes en su lugar.

Le comunico mi posición a Jean-Marie, quien la aprueba sin reservas. El nuevo director, por su parte, informa a la dirección de mi rechazo. Me preparo para ser despedido. Al final, será él quien tenga que irse. No durará más que unas semanas. Pero he sentido el viento del cañón, y ahora sé que mis días en Ipsos están contados.

El nuevo director es sustituido por una encargada de estudios cualitativos, que al menos no podría pretender tener autoridad sobre mí. Pero la presión financiera sigue siendo la misma. La nueva encargada de estudios es una mujer que ha trabajado hasta ahora como freelance y que, al no tener vida privada, dedica todo su tiempo al trabajo, su único medio de existencia y su única razón de vivir. Se queda hasta tarde por la noche, cuando Jean-Marie y yo nos empeñamos en haber salido de la oficina a las 18:30. Incluso, pretextando una urgencia, nos convoca a regresar a Ipsos un domingo para terminar una presentación que debe realizarse el lunes. Esta vez, es Jean-Marie quien se niega. Él también comprende que si permanecemos allí, perderemos nuestra alma.

Jean-Marie llega una mañana con un plan de escape. Greimas le ha informado que hay dos puestos de profesores en semiótica disponibles en Quebec. Con el entusiasmo de su esposa, va a postularse y me propone que me postule también para el segundo puesto, que podría corresponderme. Como dos niños, comenzamos a soñar con esta nueva vida en América. Él con su familia, y yo como aventurero. Durante el

almuerzo, incluso vamos a la Embajada de Quebec a informarnos sobre los trámites y sobre el país, del que sabemos prácticamente nada. Jean-Marie es un amante de la montaña y de los grandes espacios. Yo estoy apasionado por todo lo que aún no conozco.

Desafortunadamente, pronto debemos desengañarnos. Finalmente, nuestros perfiles no se ajustan a los puestos disponibles. Adiós Canadá. Mientras tanto, nuestra nueva encargada de estudios, contratada como nosotros a tiempo parcial, ha presionado para pasar a tiempo completo. Rápidamente entiendo que ese miércoles de libertad, que habíamos logrado preservar hasta ahora para volver cada semana a la universidad, pronto será solo un recuerdo. Mi decisión está tomada, no me embarcaré en una nueva lucha. Esta vez, seré yo quien dimita. Prefiero ser desempleado a trabajar a tiempo completo. Pero, contra todo pronóstico, descubriré América...

CHERNÓBIL

Mientras tanto, necesito unas vacaciones. Con más de treinta años, por falta de tiempo y, sobre todo, de dinero, he viajado muy poco. España con mis padres. España otra vez con amigos. España siempre, por trabajo. Unas pocas estancias breves en Londres, como todo el mundo. Por primera vez en mi vida, tengo días de vacaciones pagadas para tomar. Decido irme solo, en tren, durante dos semanas.

Unos meses antes, conocí a una rumana, alumna de Greimas también. Es arquitecta. Tiene un acento adorable. Se parece más a una matrioska que a una muñeca rusa, pero en cualquier caso, parece que hay más dentro de ella. En fin, es complicado. Nuestra aventura no tendrá un mañana. Ella ya tiene novio, no quiere dejarlo, y yo no insisto mucho para que lo haga. Sin embargo, seguimos siendo amigos. Toda su familia sigue en Rumanía, y me sugiere que vaya allí. Como soy muy influenciable, compro de inmediato un billete de tren para Bucarest. ¿Espera que finalmente vaya a pedir su mano a sus padres?

Es el 26 de abril de 1986. Debo tomar un tren nocturno esa noche para comenzar mi viaje hasta Bucarest. Esa misma mañana, escucho la radio. La noticia acaba de llegar. Explosión nuclear en Chernóbil. Chernóbil está a 2500 kilómetros de París, y como todos saben, las autoridades francesas negarán el permiso de entrada en nuestro territorio a la nube nuclear. Bucarest, sin embargo, está a solo 900 kilómetros de la explosión, y no está claro que la Rumanía de Ceaușescu tenga la capacidad, como nosotros, de rechazar este viento de muerte soplado por el hermano mayor soviético.

Mi billete de tren no es reembolsable. Decido partir de todos modos. Debo hacer una parada en Austria, ya veremos cómo evoluciona la situación. Al llegar a Viena, por la mañana, las noticias son cada vez menos claras y más alarmantes en lo que respecta a esta explosión nuclear silenciosa, invisible e indolora pero potencialmente mortal. En el trayecto, que me lleva en línea recta justo por debajo del epicentro de la explosión, Viena es la última parada situada del lado bueno del Muro de Berlín que, cabe recordar, aún está en pie en ese momento. Ya en Occidente, la información sobre esta catástrofe es más que cuestionable, así que en Oriente...

Decido continuar a pesar de todo hasta Budapest, que está a solo 250 kilómetros de Viena. Hungría aún no es del todo el Bloque Soviético. Siempre habrá tiempo de retroceder si las cosas se ponen realmente mal. Porque en Budapest, ya estaré a solo 1100 kilómetros de esa central que acaba de entrar en fusión. Así que tomo el tren para Budapest.

Me encantan los viajes en tren. Ese momento en el que entras en el compartimento y ves a los desconocidos con los que vas a pasar largas horas. Un simple saludo o un gesto de cabeza para saludarlos al llegar, antes de sentarse. Luego ese silencio un poco incómodo, con la certeza de que al cabo de unos instantes, el aburrimiento ya instalándose, intercambiaremos algunas palabras educadas, y más si hay afinidad.

Ahí están, entre otros, un chino y una austriaca. Él es pianista. Bastante hablador, no se preocupa mucho por los preliminares. Ya no recuerdo muy bien por qué va a Budapest, pero lo seguro es que no tiene alojamiento allí, que no duda en hacer saber en un inglés bastante aproximado, y que no se corta en pedirle a la austriaca, que tiene conexiones en la capital húngara, si podría hospedarlo. Ella encuentra alguna excusa para evitarlo.

Yo tampoco he reservado hotel. Prefiero improvisar. Y me limito a temas de conversación desinteresados con la austriaca, sobre nuestras respectivas actividades. Ella es pintora, o al menos estudiante en Bellas Artes. No sabré mucho más, ya que el viaje entre Viena y Budapest no es tan largo, y el chino monopoliza la conversación.

Al bajar del tren, la austriaca se despide aliviada de este chino un poco demasiado pegajoso. Caminamos juntos hacia la salida. Le pregunto si tiene algún hotel que me pueda recomendar. Una manera discreta de hacerle saber que no sé a dónde ir. Ella me propone inmediatamente acompañarla a la casa del amigo que la hospeda durante sus frecuentes estancias en Budapest, un tipo que trabaja en publicidad.

No veré casi nada de Budapest, ya que los húngaros están aún más preocupados porque saben que están mal informados. No salen de sus casas, solo comen conservas, y están pegados a la radio día y noche para escuchar lo que saben que es el discurso oficial, por no decir la voz de Moscú.

Tengo con ellos intercambios muy interesantes. Trabajo con los mayores publicistas franceses. La publicidad en Hungría aún está en sus inicios. Ya estoy considerando instalarme en Budapest para montar una agencia en este país donde todo está por hacer. Es el húngaro quien me devuelve a la realidad, sermoneándome amablemente. Si él está en Budapest, como todos sus compatriotas, es porque no puede irse para huir de esta nube nuclear soviética que amenaza con exterminarlos. Tal vez todos estemos muriendo, sin saberlo. Y tú, que tienes un pasaporte francés, no solo has venido aquí por tu propia voluntad, sino que consideras acercarte aún más a Chernóbil continuando tu viaje hasta Rumanía, que además es una de las peores dictaduras de Europa del Este.

Estoy un poco avergonzado, lo admito. El miedo a ser indecente más que el miedo a morir me convence finalmente de modificar la trayectoria de mi viaje. Decido entonces dejar Budapest. En la estación, miro los trenes que están por salir para ver cuál sale primero. Que sea Zagreb. Yugoslavia sigue siendo el mundo comunista, pero al menos me aleja un poco de Chernóbil.

UNA BOMBA

Ya que voy a morir, que sea al borde del mar. Después de una breve parada en Zagreb, capital croata sin encanto particular de la siempre comunista Yugoslavia de Tito, continúo en tren hasta Rijeka, la ciudad marítima más cercana accesible por vía férrea. Rijeka no es realmente un destino turístico o de playa. Es ante todo un puerto y un astillero. No importa. La playa, como el amor, ya es a veces aburrida con varias personas, pero estando solo, es francamente patético.

Como suelo viajar de noche, para ahorrar en hotel y no aburrirme demasiado en el tren, llego a Rijeka por la mañana. El centro de la ciudad no es desagradable, con sus pequeños edificios pintados y sus fachadas con molduras de estilo barroco vienés. Pero en cuanto a la repostería, ahí se acaba. Los cafés son más bien austeros y sólo sirven un infumable jugo de calcetín. Las tiendas, cuando se encuentran, están surtidas con improbables productos de marca local o procedentes de los países comunistas amigos, empaquetados en embalajes tan extraños como repulsivos. Un objeto de curiosidad y asombro para el especialista en comunicación publicitaria que soy.

Es sábado. No me veo pasando la noche solo en mi habitación de hotel. Pero ¿cómo saber dónde se reúne la juventud local los sábados por la noche en una ciudad donde las enseñas, símbolos de un capitalismo aborrecido, no existen? Ninguna discoteca a la vista. Ni siquiera un simple bar nocturno. Sin embargo, esas chicas que veo pasar por la calle, bien arregladas y con mucho maquillaje, evidentemente van a algún lugar. ¿Pero a dónde? Sólo veo una solución para averiguarlo. Localizo a dos y las sigo discretamente. No con la idea de ligar con esas dos en particular, sino sólo para saber dónde podría haber otras.

Tres calles más adelante, bajan unas escaleras para entrar en un local en el sótano. De hecho, ningún cartel deja entrever la existencia de un establecimiento nocturno en ese lugar. ¿Discoteca, casa de jóvenes, fiesta privada? Imposible saberlo sin intentar entrar. Debo ser el único turista en la ciudad, no hablo una palabra de croata, y no mucho mejor el inglés, pero ¿qué hacer? No he llegado hasta aquí para darme la vuelta y volver al hotel.

Las chicas entran. Hay un joven en la entrada. No sé si es para vender boletos o para rechazar a desconocidos como yo. ¿Qué puedo perder? Estoy acostumbrado, siempre me echaron de todas las discotecas en París porque no iba acompañado. Me acerco al tipo, y balbuceo algo. Parece un poco sorprendido, pero me deja entrar sin problema.

Es de hecho una especie de discoteca, muy pequeña, con sin embargo una pista de baile en el medio. Voy a la barra, pido una bebida, y observo. Todos tienen entre veinte y treinta años, y todos parecen conocerse. Yo no conozco a nadie, obviamente, y nadie me conoce. No es fácil entablar conversación, ni siquiera con el barman. Sin embargo, el ambiente es amigable. La gente está un poco intrigada por mi presencia, pero más curiosa y divertida que hostil.

Ya no sé dónde están las chicas que seguí y me da igual. Empiezo a preguntarme qué hago aquí cuando, en una luz un poco irreal, de repente veo una criatura bajar las escaleras que llevan a esta especie de sótano. En contrapicado, parece bastante alta y

es muy delgada. Tiene el cabello largo, rubio ceniza y ligeramente rizado. Apenas lleva maquillaje, pero dos líneas negras hacen aún más peligrosos sus ojos de revólver. Echa una mirada un poco perdida a la concurrencia, frunciendo ligeramente sus ojos azul-verde, lo que aumenta su magnetismo. Más tarde me enteraré de que es porque es un poco miope. Finalmente, reconoce a algunos amigos, se une a ellos y empieza a charlar alegremente. Me siento un poco aliviado, aunque todavía muy intimidado. Al menos, la chica de los ojos de menta no parece en absoluto una engreída.

Sigo apoyado en la barra y la miro, fascinado. Ella me ve y noto que la intrigo. Debo ser el único que no conoce en esta discoteca, y se nota enseguida que no soy de aquí. Una vez más, no estoy en mi lugar. Y es precisamente en esos momentos cuando me siento más vivo. Sólo tendría que cruzar la pista. ¿Pero para decirle qué banalidad? ¿Y en qué idioma? Estoy paralizado, pero sé que si no cruzo esos pocos metros para ir a hablar con ella, me arrepentiré toda mi vida. He cruzado la mitad de Europa para llegar a este lugar. Me han convencido de alejarme de una explosión nuclear, pero no renunciaré a acercarme a esta bomba. Me levanto de mi asiento y, habiendo renunciado a preparar una frase hecha, me dirijo hacia ella, sin saber en absoluto qué le voy a decir, y aún menos si se dignará escucharme. Los dos segundos más largos de mi vida...

FRANCOTIRADOR

La vuelta al trabajo, después de ese idilio en Croacia, es un poco triste. Más allá de este conflicto latente con la dirección de Ipsos, que quiere absolutamente hacer de mí un ejecutivo a tiempo completo, y rentable además, tengo la sensación de estar una vez más en una encrucijada. Ahora sé lo suficiente de semiótica como para no pasar desapercibido en el seminario de Greimas, pero no tengo la intención de pasar toda mi vida tratando de convertirme en un eminente especialista en esta disciplina, de defender una tesis de estado sobre un tema abstruso a los cincuenta años, todo para acabar siendo profesor adjunto en una universidad de provincia, después de haber intrincado durante décadas para obtener ese puesto que coronaría mi carrera a unos años de la jubilación. Tampoco quiero dedicar todo mi tiempo cerebral disponible a la Escuela Semiótica de París, ni servir de secretario particular a Greimas, como su fiel lugarteniente Joseph Courtès, quien, en agradecimiento por los servicios prestados, fue reprendido como un niño por su maestro durante su defensa de tesis en la Sorbona.

La semiótica aplicada es una experiencia apasionante, pero más allá de lo que ahora se llama con cierto desprecio la teoría estándar, la investigación en semiótica puede rápidamente convertirse en una búsqueda tan vana como la del Grial. La verdadera vida está en otra parte, y creo haber alcanzado los límites de lo que el estudio de las ciencias humanas en general podía aportarme. Para legitimar mi presencia en la EHESS, tuve que validar apresuradamente un memoria de DEA con Greimas. Para ello, me limité a retomar un estudio realizado en Ipsos por cuenta de un laboratorio médico, sobre un tema lo suficientemente complejo y aburrido como para parecer un tema de investigación universitaria: el análisis del discurso de los médicos sobre la senescencia cerebral. “¡Pero si es un tema para mí!”, bromea el viejo Greimas siempre malicioso. Es una pura formalidad, ni siquiera presento mi memoria ante él,

probablemente lo valida sin haberlo leído, y aquí estoy con mi DEA en el bolsillo, después de un año pasado enseñando a doctorandos.

Ahora queda encontrarme un tema de tesis, yo también. Esta vez no escapo a una rápida entrevista con el maestro. Le hablo de un análisis comparado de la noción de valor en economía y en lingüística. No entiende muy bien a dónde quiero llegar, finge interesarse, me hace algunas preguntas de trámite, y valida mi tema. De ese lado estoy tranquilo por varios años. Debo no haberle dejado una impresión demasiado mala porque unas semanas después, me entero de que me ha nombrado sin previo aviso redactor jefe de la Revue de Sémiotique Internationale que acaba de crear. Sin duda, como nadie rechaza ese tipo de honor, no ha considerado útil pedirme mi opinión. Otra vez huelo la trampa y me niego.

Poco tiempo después, Greimas será atrapado no por la senescencia cerebral, sino por un cáncer de garganta. Hay que decir que fuma Gitane tras Gitane desde siempre. Vuelve unos meses después con un pañuelo escondiendo una cicatriz, fumando todavía sus Gitanes, pero esta vez con filtro. No ha perdido sus facultades intelectuales, pero es ya el fin del camino para él. Y el comienzo de otro camino para mí. Queda encontrar cuál.

¿Dimitir de Ipsos, sí, pero para hacer qué? ¿Y cómo ganar mi vida manteniendo un mínimo de independencia? No quiero ni ser ejecutivo, ni ser investigador. Podría trabajar como semiólogo freelance en el campo de la publicidad y el marketing, pero por ahora, quiero realizar otro sueño que el comienzo caótico de mis estudios universitarios no me ha permitido cumplir: irme un año a una universidad en el extranjero.

Estamos a finales de junio. Me informo apresuradamente sobre los organismos que ofrecen programas de intercambio, y encuentro uno cerca del Jardín de Luxemburgo. Me dirijo allí un miércoles por la tarde, sin cita previa, lleno de esperanza pero sin demasiadas ilusiones. La pequeña oficina está a punto de cerrar. Una mujer acepta recibirme y le explico mi solicitud. Me recuerda que estamos en junio, que todos los expedientes para el siguiente año escolar ya están cerrados desde hace tiempo, y que si mi candidatura fuera aceptada, no sería antes del año siguiente. No me proyecto tan lejos. Ahora que he decidido dimitir de Ipsos, sé que no aguantaré mucho tiempo más allí. Quiero irme ya. Ella parece tener una idea en mente y me la propone. Acaba de tener una baja para un puesto de lector en Austin, Texas, y busca un reemplazo de urgencia. Hay que estar allí a mediados de agosto, ya que el año universitario empieza muy pronto en Estados Unidos.

¿Lector? ¿Qué significa eso? Solo fui un mediocre estudiante de segunda lengua en el instituto, así que no hablo casi nada de inglés. Contaba con ir a Estados Unidos para aprender el idioma, no para enseñar. Trato de tranquilizarme. Los pocos lectores que he cruzado en el instituto o en la universidad no tenían realmente clases a cargo. Eran estudiantes que venían a Francia para completar su formación. A cambio de una beca, se les exhibía de vez en cuando en las clases como animales de feria, y se les hacía hablar un poco para mostrar a los alumnos, acostumbrados al pésimo acento de su profesor, cómo sonaba realmente el inglés cuando lo hablaba un nativo. Nos contaban de manera informal la vida en su país de origen, les hacíamos algunas preguntas tontas, respondían de la misma manera, y se les devolvía a sus estudios. La mujer que

tengo delante no es capaz de darme muchas precisiones sobre la naturaleza del puesto. O bien prefiere no decirme demasiado para no asustarme. Ni siquiera puede decirme si seré remunerado, y cuánto. No importa, he conseguido ahorrar un poco que me permitirá aguantar unos meses, luego ya veremos. Lo que es seguro es que si no envía un reemplazo a Austin, el estudiante estadounidense participante en este intercambio tampoco podrá venir a Francia, y el organismo perderá parte de su crédito.

El nivel requerido en inglés para partir debe ser validado por un Test of English as a Foreign Language. Prefiero ser franco. No hablo nada de inglés, voy a fallar el test. No te preocupes, me dice. Dada la prisa, los resultados del TOEFL llegarán cuando ya estés en Texas. No te van a mandar de vuelta por eso. Muy tranquilizador, en efecto. En unos días, mi expediente está completo. Paso el test dos semanas después. De hecho, cuando reciba los resultados en Austin, resultará que no tengo el nivel en absoluto. Pero como ella había previsto, no me mandarán de vuelta a casa.

Para asegurarme en caso de emergencia, prefiero conservar el estudio que por fin he podido alquilar en la rue Daguerre gracias a mis nóminas de joven ejecutivo dinámico. Una amiga estudiante acepta subarrendarlo durante un año. Esta vez, es mi turno: ¡soy yo quien se va!

Solo me queda dimitir de mi trabajo y comprar un billete de avión. No he tomado el avión muchas veces en mi vida. Y nunca para cruzar el Atlántico. De hecho, ¿dónde está Texas? Miro en un mapa. Está en la frontera con México. No encuentro muchos detalles sobre Austin. En la enciclopedia que consulto, porque internet aún no existe, solo se menciona la torre de la universidad, donde unos años antes un francotirador se había atrincherado para disparar a sus compañeros, haciendo varias víctimas. Hay una foto de la torre. Parece agradable, el campus de Austin... Después de todo, yo también soy un francotirador, y tengo ganas de disparar a todo lo que se mueve.

PARIS TEXAS

Austin está un poco en el fin del mundo. En cualquier caso, para llegar allí, tengo que cambiar tres veces de avión. Aviones cada vez más pequeños, a medida que me acerco a mi destino final. Por alguna razón que desconozco, comenzamos por permanecer una buena hora clavados en el suelo en la pista de Roissy después de haber embarcado. Este será el comienzo de un largo periplo. Conexión en Londres, antes de empezar la travesía del Atlántico. No es una palabra vana para mí. Con más de treinta años, aún solo he tomado el avión entre París y algunas capitales europeas. Y todavía no muy a menudo. Cinco siglos después de Cristóbal Colón, descubro América. Y un año antes que Claude Nougaro, aterrizo en Nueva York. Desde la terminal, como él, siento el choque.

En principio, yo no estaba supuesto a ir más allá de la terminal. Nueva York debía ser solo una escala, pero, sin duda debido al retraso acumulado, el avión que debe llevarnos hasta Houston no está allí. La compañía, generosamente, nos ofrece unas horas de descanso en un hotel cercano al aeropuerto. Dado el desfase horario, y el ambiente lunar que reina en esta periferia aeroportuaria, ya no sé qué día es, ni a qué hora ajustar mi reloj para estar seguro de no perder mi próximo avión. Es decir, no duermo mucho, y tampoco veo mucho de la gran manzana.

Los taxis amarillos que me llevan al hotel antes de devolverme al aeropuerto, tomando enormes intercambiadores de autopistas, me recuerdan que estoy realmente en los Estados Unidos. Estoy en otro continente, totalmente desconocido, estoy solo, y solo hablo unas pocas palabras de inglés. Cristóbal Colón, él, no estaba solo.

Finalmente llego a Houston, y todavía tengo la impresión de haber cambiado de mundo. El aeropuerto de Nueva York estaba bastante sucio, y totalmente abarrotado. El de Houston está flamante, uno podría comer en las losas de mármol que cubren el suelo, y casi no hay nadie en el hall y en las cintas transportadoras. Cruzo algunos hombres de negocios con sombrero tejano. Dallas y su universo despiadado no están lejos. A partir de ahora, viviré en una serie americana.

Es un avión diminuto el que nos lleva a Austin. Vuela a muy baja altitud, no hay ninguna nube en este mes de agosto, y se distingue perfectamente el suelo. Lo que me impresiona primero son las miles de piscinas que brillan por todas partes, prácticamente una por cada casa.

El aeropuerto de Austin es aún más pequeño que el de Houston. He llegado, finalmente, pero no sé absolutamente a dónde ir. Es domingo, creo. O lunes, más bien. Por precaución, llego mucho antes de la fecha de inicio de clases en la Universidad de Austin. El paso del aire acondicionado del hall del aeropuerto al horno del exterior es brutal. Es poco decir que hace calor en agosto en Austin. Nunca sabré exactamente qué temperatura hace, a pesar de los paneles que lo indican en todas partes, porque está en grados Fahrenheit, y no tengo calculadora para convertirlo a Celsius. Pero para darles una idea, Austin está aproximadamente a la misma latitud que Agadir. A mí no me sirve de mucho, nunca he ido a Agadir, menos aún en agosto.

Nadie me esperaba en el aeropuerto con un pequeño cartel Jean-Pierre Martinez. Y nadie me espera en ningún otro lugar antes de una buena semana. Me subo a un taxi y le pido que me lleve a un hotel no muy caro en el centro de la ciudad. Suponiendo que la palabra centro de la ciudad realmente tenga un sentido en una ciudad americana. El taxi me deja frente a un motel en Congress Avenue, a unos tres kilómetros del campus. Es allí donde, por primera vez en casi tres días, finalmente puedo dejar mi maleta y, al afeitarme, tomarme el tiempo para reflexionar sobre la mierda en la que me he metido voluntariamente.

Tenía un trabajo, una vivienda, una familia después de todo, una novia, aunque ella se había quedado en Croacia... Estoy solo en un motel sórdido en Texas. Debe hacer 15 grados en la habitación y cerca de 50 afuera. No tengo absolutamente ningún contacto aquí, excepto el nombre del Director del Departamento de Francés, de quien tengo todas las razones para suponer que tiene otras cosas que hacer además de ocuparse de mí. En una semana, tomo mi puesto como lector, sin saber exactamente qué tendré que hacer y si realmente me pagarán por ello.

El motel está en medio de la nada. Decido ir a explorar a pie por el lado de la universidad. Hace un calor asfixiante. Paso frente al congreso, copia fiel, en más pequeño, del de Washington. El campus empieza un poco más allá. En realidad, la universidad de Austin es una ciudad dentro de la ciudad. Más de 300 hectáreas, 50,000 estudiantes, museos, un banco, pozos de petróleo, e incluso un reactor nuclear. Sin embargo, la ciudad es bastante tranquila y espaciosa, con muy pocos edificios altos, y el campus es muy verde, da la impresión de estar en un gran parque.

El Departamento de Francés e Italiano es un edificio independiente, bastante grande, de arquitectura neo algo. Estamos en un país nuevo, y en un estado, Texas, que lo es aún más. Nada aparte de los rascacielos podría ser de época. Estamos en pleno mes de agosto, el campus está desierto, ni siquiera sé si hay alguien en este edificio o incluso si está abierto. Pero no he hablado con nadie desde mi llegada a los Estados Unidos hace tres días, aparte de unas pocas palabras intercambiadas con aduaneros, azafatas o taxistas. No me veo regresar a ese motel sin haber al menos intentado hablar con alguien. ¿Qué arriesgo?

Empujo la puerta. Está abierto. Al final de un pasillo, encuentro la secretaria del Director, y dentro, dos jóvenes, una rubia y una morena. La morena habla francés, la otra no. Me presento. Son encantadoras conmigo, y me siento de inmediato un poco menos solo. Lamentablemente, el director no está. Lo van a avisar. Puedo verlo mañana. La morena se va. La rubia se preocupa por saber dónde voy a dormir. Le explico. Parece tener lástima de mí, o bien es mi encanto francés que ya opera. Me invita a un picnic con ella esa misma noche en las colinas del Colorado. Mi primer picnic en Texas. Será también el último. La puesta de sol es mágica. Para ver la mejor parte de Texas, hay que levantar los ojos al cielo.

Jane, así se llama, es de una extrema amabilidad y una gran dulzura. Me cuenta un poco de su vida, como si fuéramos viejos amigos. Un poco de consuelo después de este largo periplo desde París donde dejé todos mis puntos de referencia. París Texas. Tengo la impresión de estar en una película. Mantendré esa impresión durante todo el tiempo que dure mi estancia en los Estados Unidos.

PSICOSIS

A la mañana siguiente, regreso a la universidad para reunirme con el Director del Departamento de Francés. Se llama Jean-Pierre, como yo. Debe tener orígenes franceses y habla perfectamente nuestro idioma, sin ningún acento. Así que intercambiamos en francés. Al menos, no se dará cuenta de inmediato de mi nivel catastrófico en inglés. Es muy cortés y, a pesar de la distancia que impone su cargo, se muestra atento. Esperaba una entrevista de trabajo, pero su primera pregunta es sobre dónde me alojo. Le hablo del motel en Congress Avenue. Me mira con una expresión preocupada, como si le hubiera dicho que me hospedaba en el motel de Psicosis. Inmediatamente descuelga el teléfono para llamar a uno de sus lectores franceses que lleva enseñando aquí varios años. Después de colgar, me informa que el tipo llegará de inmediato. No hay manera de que pase otra noche en ese motel.

Mi compatriota me llevará en coche a recoger mis cosas y dormiré unos días en su casa mientras encuentro alojamiento, lo cual no parece ser un problema en Texas. Solo pasaré una noche en el hotel y ahora estoy bajo la protección de la comunidad francesa de Austin. De hecho, dos días después, me mudo al cómodo estudio que me han ayudado a encontrar cerca del Departamento de Francés. El apartamento ya está más o menos amueblado. Coloco mis dos maletas al llegar. Las recogeré al irme dos años después. No soy de los que se instalan por tan poco tiempo.

Ahora sé que ser lector significa simplemente ser profesor de francés para principiantes en la universidad. Estaré a cargo de dos clases, con dos sesiones para cada una por semana. Estaré completamente autónomo, frente a estudiantes que no hablan una palabra de francés, yo que apenas sé más en inglés, y que nunca he sido profesor de idiomas. Los resultados de mi prueba TOEFL, que llegarán unas semanas después, confirmarán además mi incompetencia. No tengo ninguna legitimidad para ocupar este puesto. Nuevamente soy un impostor, y obviamente temo el momento en que por primera vez tenga que enfrentarme a estudiantes no necesariamente motivados y quizás indisciplinados.

Llega el momento fatídico. La universidad es rica, las tasas de matrícula son muy altas y los estudiantes deseosos de aprender francés no son legión. Las clases no están abarrotadas, una veintena de estudiantes de media. No hay problema de disciplina, ya es algo. Tienen entre diecisiete y veinticinco años en su mayoría. Algunos mayores, que retoman sus estudios después de una interrupción durante la cual han trabajado para pagar las desorbitadas tasas de matrícula en esta universidad, a pesar de ser pública. Generalmente provienen de entornos favorecidos, pero los menos afortunados deben trabajar durante sus estudios. Las chicas, la mayoría de las veces, como camareras en los numerosos bares y restaurantes de Austin, famosa por ser una "party town", es decir, una ciudad muy animada donde se puede salir de fiesta, especialmente por la noche. En resumen, estos estudiantes han pagado caro el derecho a estar en mi clase y no vienen a charlar o armar jaleo. O tal vez simplemente están bien educados. De todos modos, no están realmente aquí para aprender francés, sino principalmente para aprobar una unidad de valor que contribuirá a la obtención de su diploma.

En clase, hago lo mejor que puedo, con un compromiso total para compensar mi incompetencia. Por lo tanto, tiendo a preparar más mis clases que los otros lectores, más acostumbrados que yo a la enseñanza, más cómodos en inglés y sin duda un poco más perezosos. En unos pocos días, me sé de memoria los nombres de todos mis estudiantes. Nunca me quedo sentado en mi escritorio y les hago preguntas simples, preparadas de antemano, a las que deben dar respuestas simples, permitiéndoles así adquirir los conceptos del programa. Y funciona. Parecen contentos, aunque a menudo no entiendo nada cuando por mala suerte son ellos quienes me hacen una pregunta. Sin embargo, se muestran muy benevolentes conmigo. Son muy respetuosos con el profesor que soy en clase, pero una vez terminada la clase, algunos se muestran amistosos, proponiendo hacerme descubrir las alegrías de la vida estudiantil en Austin. Al principio, rechazo, temiendo ponerme en una posición delicada. Pero tengo apenas más edad que algunos de ellos y siento que pronto será complicado mantener la distancia adecuada.

Si bien la mayoría no está interesada en el francés, este Francés les intriga. Por mi parte, mis estudiantes son los únicos estadounidenses con los que tengo la posibilidad de interactuar. El Departamento de Francés es un pequeño rincón de Francia y quienes lo frecuentan hablan exclusivamente la lengua de Molière. Los quince lectores en activo, para empezar, que no se pondrán a hablar en inglés entre ellos, y todos los demás profesores de nacionalidad estadounidense, que aprovechan para practicar. Fuera del Departamento de Francés, los lectores y, en general, la comunidad francesa de Austin, forman una gran familia. El fin de semana siempre hay una fiesta en alguna parte, a la que todos estamos invitados. Si alguno de nosotros tiene un problema, sabe que puede contar con todos los demás. Pero, por otro lado, no se puede hacer nada sin que todos se enteren, y declinar una invitación puede ser rápidamente considerado un gesto poco amistoso. ¿Cómo espero mejorar mi inglés si estoy constantemente con franceses? Si quiero volver habiendo aprendido algo sobre América y los estadounidenses, tendré que aceptar las invitaciones de algunos de mis estudiantes para salir con ellos fuera de las clases. Una pendiente que puede volverse peligrosa rápidamente...

HANNA SCHYGULLA

Antes de ceder a la tentación culpable de establecer con mis estudiantes relaciones extraescolares, decido explorar más a fondo las posibilidades de salir, aparte de en grupo, con mis compatriotas del Departamento de Francés, priorizando a aquellos que llevan varios años instalados aquí y que, por lo tanto, están mejor integrados en la sociedad estadounidense. Entre ellos hay un chico un poco mayor que los demás, es decir, más o menos de mi edad, Charles, que está terminando una tesis en literatura, mientras que la mayoría de los otros lectores franceses están aquí solo por un año, tomando un descanso de sus estudios. Él, al menos, al igual que yo, mantiene cierta distancia con la comunidad francesa.

Vive no muy lejos del campus en lo que allí llaman una coop, es decir, una casa colectiva donde cada uno tiene su habitación, pero donde las tareas domésticas se gestionan colectivamente por turnos según un calendario bien preciso. Aunque este tipo de alojamiento no encajaría para nada con mi carácter individualista, encuentro el concepto divertido. La mayoría de los residentes son estudiantes extranjeros, pero pocos de ellos son franceses. Hay, entre otros, una alemana que se parece a Hanna Schygulla en su época de esplendor. A la espera de poder acercarme a ella, y más tarde conseguiré acercarme mucho a ella, tengo que contentarme con salir con Charles, que la conoce bien. Charles es el único francés en el campus que ha oído hablar de semiótica, y también el único con quien puedo disertar sobre algo más que el mejor lugar de la ciudad para comer tex-mex o escuchar country. Charles presenta también una enorme ventaja, aparte de ser amigo del doble de Hanna Schygulla: tiene un coche, y además un americano de los años 60.

Charles me propone pasar un fin de semana con él en Houston, ciudad de la que solo he visto el aeropuerto, y donde tiene amigos. Es la oportunidad para mí de hacer un pequeño viaje en ese bello americano en compañía de un tipo al que conozco bien y que, al menos, tiene conversación. Nos dirigimos a Houston. A mitad de camino, en una línea recta, lo que no es una precisión muy necesaria en este país que sin duda tiene menos curvas en el mundo, escuchamos detrás de nosotros la sirena de una moto de policía. Como en una película, el motociclista nos adelanta y nos indica que nos detengamos. Obedecemos, obviamente. Baja lentamente de su moto y, como en cámara lenta, se acerca a nuestro coche. Charles ya ha bajado la ventanilla. El policía está impecablemente vestido, con las botas bien lustradas y el bigote bien recortado. Ya me espero que nos pida que bajemos del vehículo, que nos registre y luego nos espose y nos apalee con su porra. Se limita muy educadamente a pedirle al conductor sus papeles y los del vehículo. Después de lo cual le llama Charles para preguntarle, siempre con una extrema cortesía, si tenía una razón particular para exceder el límite de velocidad. Como no soy una mujer embarazada y aún no tengo contracciones, Charles se ve obligado a reconocer que no tiene ninguna excusa. El policía duda un instante. No somos negros, y la nacionalidad inscrita en nuestros pasaportes no nos coloca entre los enemigos de América, salvo cuando quiere arrasar Irak bajo un pretexto falaz. Finalmente, el tipo nos sermonea un poco, le devuelve el permiso a Charles y nos desea buen viaje, instándonos a conducir con prudencia. Se sube a su moto y se va como vino.

Sinceramente, solo por ver eso, casi valía la pena la multa de la que acabamos de escapar. Suspiro de alivio. He evitado lo peor. Al menos, eso creo. Quizás estimulado por ese motociclista bigotudo que parecía salido de un bar gay de San Francisco, Charles me da algunos detalles sobre el destino, por no decir el propósito, de nuestro pequeño viaje. Los amigos a los que vamos son todos homosexuales, me dice. Espero que eso no te moleste. Lo tranquilizo de inmediato sobre mi extrema tolerancia hacia todos los tipos posibles de orientación sexual, pero soy yo el que ahora está de nuevo preocupado, al tomar repentinamente conciencia de todo lo que debería haberme saltado a la vista hace tiempo. Lo que tomaba en Charles solo por sofisticación también podría haberme hecho pensar que era un poco afeminado. Y ahora me parece obvio que si tiene tantos amigos homosexuales, es porque él también lo es. Obviamente, no me molesta en absoluto que sea gay. La pregunta es más bien si a él le molesta que yo no lo sea. ¿Realmente hice algo para darle a pensar que este viaje a Houston podría ser un fin de semana romántico? Juzgo útil precisar que si bien no soy en absoluto homófobo, tampoco soy homosexual. Él entonces me lanza al instante la frase que se suele decir a los niños para hacerles comer espinacas: “¿Cómo puedes saber que no te gusta si nunca lo has probado?” Me quedo sin palabras por un momento antes de encontrar cómo responder a ese argumento demoledor. Es cierto, hay un montón de cosas que aún no he hecho. Pero ya puestos, ¿por qué no empezar por probar aquellas que me apetecen? Y en materia de sexualidad, curiosamente, ahora que finalmente he podido experimentar el amor tardíamente con una mujer, me tentaría más una experiencia con varias mujeres que con un hombre.

Aunque guarda silencio, no parece haber renunciado a convencerme, y no me siento mucho más tranquilo. Por desgracia, es imposible dar marcha atrás. Llegamos a Houston, que está a casi 300 kilómetros de Austin. Estoy en su coche y no tengo otro lugar donde dormir. De hecho, no es la primera vez que me encuentro sin saberlo en este tipo de situaciones, por decir lo menos, ambiguas. Como no tengo afinidades particulares con los machos, y prefiero hablar de literatura que de coches, simpatizo más bien con hombres refinados y sensibles... que a veces resultan ser gays sin que me dé cuenta hasta que ya es demasiado tarde.

Siento que el fin de semana va a ser largo, pero hay cosas peores. Si he decidido hacerme amigo de Charles, también es para acercarme al doble de Hanna Schygulla, su compañera de piso en la coop. ¿Qué pensará de mí al saber que he pasado el fin de semana romántico en Houston con su amigo gay? A veces me pregunto si no sería más simple que yo también me volviera homosexual. ¿Y si Charles tuviera razón? Es cierto que, al final, las espinacas me gustan. Las espinacas, sí, pero ¿y los callos? Creo que aún no estoy listo...

FUERTE ÁLAMO

Como todos piensan que soy el novio de Charles, el alegre grupo de locas latinoamericanas que llenan la casa me dejan más o menos tranquilo. Ya es algo. Nos han puesto a los dos en la misma habitación, pero Charles parece haberse finalmente resignado: soy irremediabilmente heterosexual. De hecho, soy el único entre la treintena de gays o travestis reunidos esa noche para celebrar no sé qué, y por primera vez en mi vida experimento la difícil situación de pertenecer a una minoría sexual.

Sin embargo, regresaré sano y salvo de este muy alegre fin de semana en Houston. De vuelta en Austin, en su coop, Charles tendrá la buena idea de contar mi aventura a su amiga alemana, ella se ahogará de risa, y eso no hará más que favorecer nuestro acercamiento franco-alemán. Se dice que a las mujeres hay que hacerlas reír. Y para eso tengo bastantes aptitudes. No tengo ningún mérito, la mayoría de las veces es involuntario, y a veces incluso a mis expensas. Mi aventura con la doble de Hanna Schygulla no llegará lejos, sin embargo. Ha dejado un novio en Düsseldorf, y él vendrá pronto a visitarla a Austin.

Habiendo tomado sabiamente algunas distancias con Charles y la comunidad gay, estoy nuevamente solo. Algunos de mis estudiantes me proponen con insistencia afters después de clase. No puedo seguir rechazando sin ser grosero. Empieza con unas copas en los bares de la ciudad. Continúa en casa de uno u otro. Todos fuman cannabis, a veces en compañía de sus propios padres. Me ofrecen. Por cortesía, no puedo rechazar. Con el fin de iniciarlos un poco en la cultura francesa, les muestro cómo enrollar un porro cónico en nuestro país. Ellos enrollan simples cigarrillos rectos. Les parece tan exótico como un bocadillo de jamón y mantequilla comparado con una hamburguesa. Para el cumpleaños de uno de ellos, me piden que enrolle un porro gigante a la francesa, con una decena de hojas. Me ejecuto nuevamente, por cortesía. Afortunadamente o no, los smartphones aún no existen, y no hay fotos para inmortalizar la imagen de ese enorme porro digno de figurar en el libro de los récords.

Soy consciente de que estoy jugando con fuego. Podrían meterme en la cárcel o al menos expulsarme de la universidad por haber corrompido a estos jóvenes, afortunadamente todos mayores de edad, cuando en realidad son ellos los que me pervierten. Voy varias veces a San Antonio con uno de mis estudiantes de origen irlandés. Antes de salir por la noche, su padre le da las llaves de su coche de colección, cuya principal originalidad es no tener caja automática, y su American Express. Hacemos la ronda de bares y volvemos a vomitar a su casa a altas horas de la madrugada. El lunes por la mañana, me encuentro frente a mí en clase a estos estudiantes con los que fumé o bebí la noche anterior. Sin embargo, siempre son extremadamente corteses y nunca intentarán aprovecharse de ello.

Aun así, empieza a dar miedo. Y además, este tipo de fiestas ya no es lo mío desde hace más de diez años. Juzgo más prudente levantar el pie con los estudiantes. Pero también soy muy solicitado por algunas estudiantes... Varias me proponen directamente lo que allí llaman un date, una especie de cita amorosa que obedece a reglas bastante misteriosas para un French Lover. Básicamente, es más una entrevista de trabajo que una cita romántica, pero por una vez, soy yo quien, a mi pesar, está del

lado del empleador potencial.

Cada semestre, al menos dos estudiantes por clase, todas mayores de edad, lo aclaro, me proponen una de estas citas. No siempre puedo declinar, pero no contrato, temiendo con razón encontrarme en una posición muy incómoda al día siguiente en clase, respecto a la afortunada elegida, y aún más respecto a aquella cuya candidatura no habría sido retenida, y que podría ponerse celosa. Desconociendo las costumbres locales, no sé si estas permanentes solicitudes se deben a mi encanto en particular, que no parecía funcionar mucho en París, o a una atracción por los franceses en general.

Un día voy a cenar con unos amigos a un restaurante tex-mex. El personal está principalmente compuesto por estudiantes que trabajan por la noche para pagar sus exorbitantes tasas de matrícula. Llega la cuenta. Hay algunas palabras escritas a mano en mal francés: "Para el hombre con gafas, una admiradora". Siendo el único en la mesa que lleva gafas, tengo que suponer que esta nota cariñosa está dirigida a mí. Es un chico quien nos trae la cuenta. Como está firmado por una admiradora, concluyo que no se trata de una de mis nuevas conquistas masculinas, sino más bien de la camarera que se ha quedado detrás de la barra.

¿Cómo resistirse a tal declaración? Y al menos, esa, no la tendré mañana frente a mí en clase. Habré resistido heroicamente durante meses, pero ninguna fortaleza es impenetrable, y este restaurante mexicano será mi Fuerte Álamo. Ella me da su nombre, precisando de manera muy romántica que su número está en la guía telefónica. Es allí donde lo buscaré. Cenaremos juntos una vez, y cuando la acompañe hasta su puerta, me gratificará con un french kiss. Sin duda, para agradecerme por haber pagado la cuenta. Nuestra aventura no irá más allá. Esta vez, es mi candidatura la que no ha sido retenida. A día de hoy, sigo muy perplejo sobre cómo establecer una relación amorosa con una gringa...

ALPINE

Cuando hasta los treinta años, como yo, no se ha salido de Francia más que para visitar los países limítrofes, uno se despierta por la mañana con referentes geográficos bien establecidos. Al Norte, los Países del Norte; al Sur, los Países del Sur; al Este, los Países del Este; al Oeste, el océano y, más allá del océano, tierras que sólo se conocen por la televisión, el cine, los libros o los periódicos. Lugares míticos como Texas. Cada mañana al despertar en Austin, necesito unos momentos para integrar estos nuevos referentes. Arriba, un país inmenso, la América profunda, cuyos contornos apenas conozco; luego, un país aún más grande, Canadá, del que no sé nada. A la derecha, Houston, de donde parten los cohetes hacia la Luna o Marte. A la izquierda, muy lejos, California, y más allá un océano desconocido. Abajo, México, más cercano en todos los sentidos, y que curiosamente me resulta más familiar. Para empezar, se habla español, la lengua de una parte de mis antepasados. Pero sobre todo, México está mucho más impregnado de historia que Estados Unidos, con una arquitectura de sus ciudades profundamente arraigada en el pasado.

Austin, la capital de Texas, fue fundada a mediados del siglo XIX, y su edificio más antiguo aún en pie, una simple choza, data de 1898, con una placa que señala la existencia de este monumento histórico. En Francia, en cambio, y en el viejo continente en general, la historia se puede ver por todas partes. No hay un pueblo sin su iglesia medieval. No hay una aldea sin su castillo. No hay una ciudad sin sus mansiones renacentistas. No hay una gran ciudad sin su anfiteatro romano. Y ni siquiera en el campo, hay una granja sin su roble centenario. El paisaje europeo es un palimpsesto, y no se corre el riesgo de olvidar de dónde se viene, ya que las capas sucesivas aún son visibles.

En Estados Unidos, y más aún en estos estados jóvenes como Texas, nada de eso. En Francia, nos asombramos con La Défense, islote de modernidad que es la excepción. En EE. UU., la modernidad es la norma, y todos los centros urbanos se parecen a La Défense. Austin es Cergy-Pontoise, en un estado tan grande como Francia donde sólo existen ciudades nuevas. Después de unos meses, esta total ausencia de profundidad histórica y esta modernidad uniforme, incluso cuando imita estilos del pasado, se vuelve insoportable para un europeo. Me ha pasado de ir a uno de los pocos museos de la ciudad, no para admirar sus colecciones, sino con el único fin de ver cualquier cosa que tuviera más de un siglo.

México es, por tanto, el país más cercano a Texas que posee una verdadera historia precolonial que ha dejado huellas monumentales como las pirámides, y donde los colonos, en este caso españoles, han dejado una fuerte impronta construyendo iglesias y catedrales, monasterios y conventos, palacios y fortalezas.

En la universidad, en Estados Unidos, las vacaciones de Navidad duran un mes. No tenía ninguna ganas de regresar a Francia como algunos de mis colegas, ya víctimas de la nostalgia. Decido ir a México, para reencontrarme con la civilización. Además, tengo la dirección en Ciudad de México de una estudiante que conocí en el seminario de Greimas, y que también fue una de mis alumnas en el Taller de Semiótica Publicitaria.

La frontera norte de México está a menos de 300 kilómetros de Austin. Pero los americanos, y en particular los estudiantes, que van a este país suelen ir al sur, a Yucatán, para disfrutar de las playas paradisíacas. Sólo ven el país desde el aeropuerto de Cancún y los hoteles de lujo a precios de ganga de la costa. Los únicos mexicanos perfectamente anglófonos que encontrarán serán los camareros que les llevan sus cócteles y las mujeres de la limpieza que recogen su vómito después de sus borracheras. Por espíritu de contradicción, decido entrar a México por el norte, y por vía terrestre, sin ninguna reserva de hotel, por supuesto.

Cuando anuncio mi proyecto a mis estudiantes, intentan disuadirme. El norte de México no es una región turística, es la parte más peligrosa del país, y hacer otra cosa que sobrevolarlo es una locura. En resumen, no conocen a nadie que haya regresado vivo de un viaje así. Sin duda porque no conocen a nadie que haya tenido la idea descabellada de intentarlo. Insisto y, después de consultar el mapa, opto por un itinerario teórico al menos hasta la frontera mexicana. Después improvisaré.

El autobús que va de Austin a Los Ángeles pasa por una pequeña ciudad con un nombre extrañamente familiar y bucólico, Alpine. Me viene a la mente la imagen de una estación de montaña suiza. Me inspira confianza, y está a menos de 100 kilómetros de la frontera situada en Ojinaga. No tengo información particular sobre las conexiones, pero debe haber alguna. Subo al autobús de Los Ángeles a última hora de la tarde y hacia medianoche, el autobús se detiene en campo abierto frente a un cartel que dice Alpine.

Dudo en bajar. Es noche cerrada, y la parada del autobús no está iluminada. No veo montañas que se parezcan a los Alpes, y peor aún, tampoco vislumbro ninguna casa. ¿Está seguro de que es aquí? Sí, es aquí, me confirma el conductor. ¿Y el autobús hacia la frontera? Sí, hay uno, pero sale a las 17 horas. ¿No prefiere seguir hasta Los Ángeles? Dudo un segundo más, pero como siempre, elijo el salto a la oscuridad y al desconocido. Bajo del autobús con mi pequeña mochila. El autobús se va. Estoy solo en plena noche en medio de la nada, y nadie en el mundo sabe que estoy aquí...

RÍO GRANDE

No tengo otra opción, no puedo quedarme aquí en esta parada de autobús en la oscuridad esperando a que amanezca. Camino por la carretera con la esperanza de encontrar la entrada de la ciudad y acabo viendo algunas casas. De hecho, Alpine se parece más a una gasolinera con algunas casas alrededor que a una estación de esquí de los Alpes. Hay pocos comercios, y por supuesto, todo está cerrado. No debe faltar mucho para la una de la madrugada, y el autobús que podría llevarme hasta la frontera mexicana sale a las cinco de la tarde. No voy a pasar toda la noche deambulando por las calles desiertas de esta ciudad fantasma, sin mencionar el día siguiente. Da igual, localizo la dirección de Ojinaga, la ciudad fronteriza, y decido intentar hacer autostop.

Hacer autostop no siempre es fácil, pero cuando no pasa ningún coche, lo es aún menos. Finalmente, después de un cuarto de hora, veo acercarse lentamente hacia mí un coche bastante destartado, con todas las luces apagadas. Dudo en levantar el pulgar, pero ni siquiera tengo que hacer ese esfuerzo. El coche se detiene a mi altura y, sin siquiera bajar del vehículo, un tipo con cara de pocos amigos me pide los papeles. Hay dos o tres vaqueros más como él en el coche. Aunque vistan de civil, supongo que son policías. De todas formas, no estoy en posición de negarme a mostrarles mi pasaporte. El tipo lo examina. Es probable que sea la primera vez que ve un pasaporte francés. Aparte de mí, ¿qué podría hacer un turista en medio de la noche en Alpine? Me devuelve el pasaporte y me pregunta a dónde voy. Le explico que intento llegar a México. Aunque su rostro, que apenas distingo, permanece completamente impassible, adivino su perplejidad. Un francés, con un nombre español, haciendo autostop en medio de la noche para salir de Estados Unidos y cruzar a México. Evidentemente, no encajo en el perfil de sus clientes habituales, y el tráfico suele ser en sentido contrario.

Me devuelve el pasaporte. Como no sabe qué decir, no dice nada, y el coche se marcha. Al menos no pasaré el resto de la noche en una celda. Pero, ¿es realmente mi situación más envidiable? Pasan otros diez minutos antes de que aparezca otro coche. Quizás tenga más suerte. En realidad no, porque se repite exactamente el mismo escenario. Vuelvo a contar mi increíble historia, y el tipo me devuelve los papeles. Pero pronto entiendo que es inútil quedarse al borde de esta carretera a estas horas, cuando solo patrullan coches de policía sin identificación. Pregunto al vaquero si hay algún bar abierto en la ciudad, porque hasta ahora no he visto ninguno. Me dice que sí, y me indica el camino. Voy hacia allí. Si tengo que pasar la noche aquí, mejor que sea al calor, porque además empiezo a tener mucho frío.

El bar está apenas iluminado desde fuera. Entro y veo dentro a una quincena de tipos como los que acabo de encontrarme. Todos llevan un sombrero tejano en la cabeza y un revólver en el cinturón. Tengo la sensación de haber entrado en un saloon. ¿Quién desenfundará primero? Hasta ahora, los cowboys solo los había visto en las noches country de Austin, ahora sé dónde están los verdaderos. Por cierto, todavía no entiendo muy bien quiénes son estas personas. ¿Policías de civil? ¿Milicianos voluntarios? ¿O simplemente granjeros de la zona? La cuestión es qué hacen todos ahí en plena noche en este pueblo totalmente desierto, bebiendo en el saloon cuando

no patrullan por la ciudad. No pensaba que a casi cien kilómetros de la frontera la caza al mexicano ya estuviera abierta, pero no veo otra explicación.

Evidentemente, mi entrada no pasa desapercibida. Todas las miradas se vuelven hacia mí, y me miran con aire sospechoso. Luego los cowboys continúan sus conversaciones en voz baja. Tomo un café y espero a que pase el tiempo. Con todo esto, ya son casi las cinco, y el día empieza a asomar tímidamente. Decido probar suerte de nuevo con el autostop. ¿Qué otra cosa podría hacer? El bar está al lado de una gasolinera. Me digo que es el lugar ideal para hacer autostop. En Estados Unidos, es cuando ni siquiera tienes coche que eres realmente un sin techo, y al levantar el pulgar es como si extendiera la mano. Pero la suerte, esta vez, parece estar de mi lado. Apenas levanto el brazo cuando un coche que acaba de repostar se detiene a mi altura. El conductor me hace señas para que suba. Normalmente no recoge autoestopistas, pero me vio en el café, y eso le tranquilizó.

Me pregunto si no debería ser yo el que tenga miedo. Al menos, de tener un accidente. El tipo es muy mayor. Tiembla. La guantera está llena de cajas de medicamentos, y el asiento del pasajero también está cubierto de ellas. Aparta un poco todo eso para que pueda sentarme, antes de tomarse con su café algunas píldoras supuestamente para resucitarle un poco. La buena noticia es que va hasta la frontera. Me explica que es representante de comercio, e inevitablemente, este pobre viejo al borde del colapso, que debería estar jubilado desde hace una década, me recuerda a la obra de Arthur Miller "Muerte de un viajante". Espero que no muera al volante antes de dejarme en la frontera.

Finalmente llegamos sin contratiempos, pero como el tipo no va a México, tengo que volver a hacer autostop. Se detiene una camioneta mexicana. Ya son varios en la cabina. El conductor me hace señas para que suba a la parte trasera. Así es como cruzo el Río Grande para entrar en México, sentado en la parte trasera de una camioneta, sin que ningún aduanero me pida nada. En el otro sentido, no debe ser tan sencillo. Y de hecho, al regresar a Estados Unidos, esta entrada clandestina en México me causará algunos problemas...

CHIHUAHUA

Llego a Ojinaga a finales de la mañana, y tomo inmediatamente un autobús para Chihuahua, capital del estado del mismo nombre. ¿Por qué Chihuahua, me preguntaréis? Sin duda soy de nuevo víctima de mi demonio de la onomástica. Al igual que Alpine me hacía pensar en una estación suiza, el nombre de Chihuahua no me evoca un pequeño chucho para abuela, sino la quintaesencia de la mexicanidad. Si quería evitar los hoteles de lujo y las playas paradisíacas de Cancún, lo he conseguido, pero por lo demás Chihuahua no presenta ningún interés turístico y, a excepción de su catedral, es una ciudad tan moderna como Austin, pero mucho más destartada.

Sobre todo, nada más bajar del autobús, a plena luz del día y en pleno centro de la ciudad, por primera vez siento una extraña sensación de inseguridad. Una inseguridad que no había sentido en plena noche en las calles desiertas de Alpine, solo patrulladas por una milicia armada. Rápidamente comprendo que este malestar se debe a ser el centro de todas las miradas. Pequeño, moreno, bronceado, mal afeitado y mal vestido, entendiéndolo perfectamente el español y hablándolo correctamente, pensé tontamente que en México pasaría más o menos desapercibido y que podría fundirme en la multitud, más aún que en Estados Unidos. Me equivocaba. En las calles de Chihuahua, me siento como un blanco perdido en un zoco en el corazón de África, cuyo rostro pálido basta para entender que no es del continente, o como una rubia paseando en minifalda en un mercado en Kabul.

No hay un mexicano o una mexicana que no se gire hacia mí llamándome gringo. Yo, que en Estados Unidos tenía la sensación de ser un extraterrestre, me bastó llegar a México para convertirme en estadounidense. En principio, no hay ninguna agresividad particular ligada a este vocablo de gringo, sino más bien una curiosidad divertida con un toque de codicia. En resumen, tengo la desagradable impresión de ser un objetivo. O incluso una presa. Dondequiera que vaya en la ciudad, sabrán dónde estoy, y quizás me sigan, esperando el momento propicio para despojarme, o algo peor. Al menos ese es el film que me hago, y claramente no es una comedia romántica. Si me alojo solo en un hotel ordinario, como tenía previsto, siento que esta primera noche en México será la más larga de mi vida, esperando que no sea también la última. La única especialidad turística conocida en el norte de México es el secuestro con rescate. ¿Y quién podría pagar un rescate para obtener mi liberación? Así que considero oportuno volver provisionalmente sobre la promesa que me hice de vivir en México como el mexicano moreno de la canción de Marcel Amont. Pasé la noche anterior deambulando por Alpine, necesito descansar un poco, darme una ducha y dormir en un lugar seguro. Subo a un taxi y le pido al conductor que me lleve al mejor establecimiento de la ciudad. Obedece y me deja frente a un hotel que parece bastante decente, aunque probablemente no sea el mejor.

Aunque soy un gringo, no debo tener el aspecto de alguien que se hospeda en palacios. Es solo una torre de vidrio con una recepción en la entrada. Suficiente para esperar que nadie pueda entrar en mi habitación sin haber sido invitado. Finalmente, puedo dejar mi mochila y darme mi primera ducha en dos días. Ahora es de noche y miro por la ventana de mi vigésimo piso las luces pálidas de Chihuahua. ¿Cómo he

llegado hasta este lugar? No tengo nada que hacer aquí. No conozco a nadie. Y no tengo ninguna esperanza de hacer ningún encuentro. Estoy en el fin del mundo y en el fin de la soledad, donde esperaba encontrarme a mí mismo, sin duda. Pero la soledad es como la apnea, en algún momento hay que salir a la superficie si no quieres acabar ahogado. Mañana al amanecer, a la hora en que blanquean los dólares de la cocaína en el norte de México, me iré. Nadie me espera en ningún lugar, ni siquiera en un cementerio. Excepto la muerte, quizás...

EL CHEPE

Después del autostop y del autobús, sin haberme resignado a tomar el avión, decido salir de Chihuahua en tren para llegar a la costa pacífica más cercana, en Los Mochis. Como de costumbre, para determinar mi itinerario, consulto únicamente el mapa, sin recurrir a ninguna guía. Por definición, un verdadero aventurero no dejaría que una guía le imponga su ruta; es él quien debe trazar su camino a pie y, al igual que Don Quijote, inventar maravillas en lugar de conformarse con una realidad simplemente pintoresca.

Esta vez, sin embargo, el azar juega a mi favor, ya que si bien Los Mochis no tiene más atractivo turístico que Chihuahua, al llegar a la estación descubro que el tren que une estas dos ciudades es una leyenda conocida como El Chepe, por las letras iniciales de Chihuahua y del Pacífico. Desde Chihuahua, situada a casi 2500 metros sobre el nivel del mar, la línea de ferrocarril desciende como un largo tobogán de 600 kilómetros hacia el Pacífico, pasando por múltiples puentes vertiginosos y atravesando tantos túneles oscuros e interminables. En resumen, El Chepe es una mezcla entre el pequeño tren de la mítica publicidad de Nescafé, que hizo popular La Colegiala, y el tren fantasma.

A bordo se encuentran algunos valientes turistas aficionados a las emociones fuertes y deseosos de alejarse de los caminos trillados. A mi lado está sentado un canadiense, mucho más aventurero que yo, pero que, sin embargo, tiene el mérito de ser extranjero también, y potencialmente en busca de compañeros de viaje. Conversamos un poco. Durante la mitad del año, realiza trabajos temporales en Canadá, y el resto del tiempo viaja por América Latina. Decidimos compartir una habitación en Los Mochis, tanto para compartir gastos como para reducir riesgos. Porque esta vez, no está en los planes alojarse en un hotel de lujo.

Después de mi aventura con Charles, debí pensar dos veces antes de aceptar compartir mi habitación con un desconocido, pero como ninguna mujer joven en este tren parece dispuesta a hacerme compañía, no tengo otra opción si no quiero pasar otra noche más solo.

Al llegar a Los Mochis, que como se esperaba no tiene nada de especial, tomamos una habitación doble en un hotel bastante limpio, pero de muy modesta categoría. Estamos alojados en la planta baja, junto a las cocinas. No me entusiasma, pero finalmente es lo que me salvará. Porque el peligro, esta vez, no vendrá de los ardores de mi compañero de habitación. A mitad de la noche, nos despertamos con gritos y vemos humo. Rápidamente salimos de la habitación al patio y veo llamas saliendo de

los pisos superiores. En el tercer piso, una mujer grita por la ventana, dudando entre lanzarse al vacío o quemarse en el lugar.

Los bomberos llegan pronto, pero su intervención no es precisamente decisiva. Tienen en mano una manguera demasiado corta cuyo chorro ni siquiera llega a las ventanas del primer piso. Dos de ellos deciden subir por la escalera, y vuelven unos minutos después con un cuerpo inerte en una camilla. No sé si es la mujer que gritaba por la ventana, si sobrevivió o no, ni si hay otras víctimas. Sea como sea, empiezo a preguntarme si no debería reducir un poco el ritmo de las aventuras si quiero regresar con vida de este viaje a México.

Decido ir a Ciudad de México lo antes posible, con la esperanza de que mi antigua alumna de la Escuela de Semiótica de París querrá recibirme. Al llegar a Ciudad de México, la llamo, y me invita de inmediato a tomar un taxi para ir a su casa, donde me ofrece alojamiento. A través de la ventana del taxi, tengo tiempo de ver algunos barrios completamente derruidos, numerosos edificios en ruinas y enormes catedrales cuyas torres se inclinan como la Torre de Pisa. La Ciudad de México sufrió el año anterior un severo terremoto. Definitivamente, tengo suerte.

Beatriz, que así se llama, vive con su tía, que ocupa un puesto muy importante en el Ministerio de Educación. No es ministra, pero tiene un equipo de unas veinte personas bajo su mando, todos especialistas en ciencias de la educación. Es una mujer culta y atenta, aunque con un carácter muy firme y una gran autoridad. Aparentemente, Beatriz me ha presentado como uno de los más cercanos colaboradores de Greimas y, por tanto, como un gran conocedor de la semiótica. Apasionada por la cultura europea, su tía me pide amablemente que dé una charla frente a todos los miembros de su equipo, para que puedan beneficiarse de las luces de un maestro venido directamente de París pasando por Texas. Soy su huésped, no puedo negarme.

Es un chofer quien nos lleva al día siguiente al Ministerio. Beatriz y su tía aprovechan para mostrarme los frescos de Diego Rivera que adornan el interior de este edificio monumental, frescos que nadie tiene la oportunidad de ver salvo aquellos que tienen el privilegio de trabajar allí. Llego a la sala de conferencias. Una veintena de hombres y mujeres están sentados frente a mí, listos para recibir mis palabras como los fieles el Santísimo Sacramento. Ya de por sí, no me siento muy cómodo hablando de semiótica frente a unos pocos estudiantes en mi taller en la rue Monsieur-le-Prince, ahora debo hacerlo en español en un ministerio en Ciudad de México. Me escuchan religiosamente, me hacen algunas preguntas bastante pertinentes, me aplauden al final, y nos vamos. Y pensar que si me hubiera quemado como una sardina en mi hotel en Los Mochis unos días antes, estos pobres no habrían tenido el privilegio de escucharme y habrían muerto en la ignorancia...

Mi viaje continuará aún durante dos semanas más. Luego, planeo regresar a Austin en avión. Me parece que será más seguro. Sin embargo, es en la aduana para regresar a Estados Unidos donde tendré el mayor susto de mi viaje. Cuando crucé por carretera la frontera mexicana desde Texas, sentado en la caja de una camioneta, aparentemente estaba en una zona franca, siendo la verdadera frontera mucho más lejana. Ningún aduanero selló mi pasaporte. El aduanero texano me señala con una mirada sospechosa que no hay ningún rastro oficial de mi salida del territorio de

Estados Unidos, al que ahora pretendo regresar. No estoy muy seguro de entenderlo todo, pero en resumen, si no me he ido, ¿cómo podría regresar?

Me llamo Martínez. En México, nadie me toma por mexicano, pero leo en su mirada que me sospecha de ser un indocumentado. Ya me veo siendo rechazado en la entrada de Estados Unidos, y enviado de vuelta a mi país de origen, Francia, cuando estoy a menos de 300 kilómetros de Austin. Al final todo se resuelve, y es con cierto alivio que regresaré a la universidad, a mis colegas y a mis estudiantes.

TERCER SEMESTRE

En Austin, el año académico termina en mayo. O mejor dicho, el segundo semestre, porque en realidad, la universidad nunca cierra del todo, y hay un semestre de verano. ¿Cómo se puede dudar aún de la grandeza de América si estos tipos logran meter tres semestres en un año? Durante el verano, sin embargo, la universidad funciona a medio ritmo. Este tercer semestre está principalmente destinado a los estudiantes que necesitan recuperar materias, ya sea porque han suspendido los exámenes o porque no han podido presentarse a todos por falta de tiempo. Algunos, de hecho, deben trabajar para pagar sus estudios y aprovechan el verano para completar su programa.

Para mí, este mes de mayo debería marcar el final de mi estancia en Austin. Solo tengo contrato y visado para un año. Aparentemente, por ahora, todo el mundo está contento conmigo. Cada profesor tiene derecho una vez al año a una inspección en su clase por el profesor estadounidense encargado de la supervisión de los lectores. A priori, no parece algo traumático. Se nos avisa con antelación, y el profesor en cuestión, a quien todos conocemos, es de gran benevolencia. Pero aun así. Hasta ahora, ningún testigo externo había asistido a una de mis clases. ¿Y si de repente se dieran cuenta de mi incompetencia?

Para no incomodar a mis estudiantes y para no parecer que les estoy pidiendo el favor de un comportamiento ejemplar, no les avisé. Sin embargo, al llegar a clase y ver sentarse al fondo a un tipo con corbata que podría ser su padre, y cuyo existencia finjo ignorar, se dan cuenta de que algo inusual está ocurriendo. También deben sentir que estoy un poco más nervioso de lo habitual. Como me adoran y son extremadamente bien educados, de repente los siento también nerviosos. Están aún más atentos de lo habitual, evitan cualquier charla o broma. En resumen, se comportan como modelos a seguir, y se esfuerzan por ser alumnos ejemplares.

Para mostrar que está participando activamente en la clase, una de mis alumnas se arriesga a hacer una pregunta, en inglés, por supuesto. Esta intervención no tiene la intención de ponerme en aprietos, sino de valorizarme. El problema, como a menudo ocurre, es que no entiendo nada de la pregunta. Le pido que la repita, pero, paralizado por la presencia del inspector, no comprendo aún. La chica está tan incómoda como yo. Pensaba que me estaba haciendo un favor, y aquí estoy, como un actor que sufre un ataque de amnesia en medio de una actuación.

Ella intenta retirar su pregunta. Demasiado tarde. Mi inspector viene amablemente a mi rescate dándome la traducción para que pueda responder. Pero, por supuesto, estoy muerto de vergüenza. Mis estudiantes no volverán a abrir la boca hasta el final de la clase. Una vez que el inspector se ha ido, vienen a verme para preguntarme quién era ese tipo. La chica se disculpa por haberme puesto tan involuntariamente en una situación incómoda. Más tarde, el inspector, sin mencionar el incidente, me llena de elogios, especialmente por la calidad excepcional de la relación que mantengo con mis estudiantes. Si supiera que a veces fumo porros con ellos después de clase...

Al final de cada semestre, los estudiantes, por su parte, tienen el deber de evaluar a sus profesores de forma anónima, dándoles una nota junto con un comentario libre. Una vez más, los comentarios hacia mí son muy simpáticos, incluso tan entusiastas que resultan sospechosos. Así que soy apreciado tanto por mi jerarquía como por mis alumnos. El Director del Departamento ya está formando su equipo de lectores para el próximo curso y me propone renovar. No tengo la sensación de haber terminado mi experiencia en Estados Unidos. Acepto la propuesta.

Tengo casi tres meses de vacaciones por delante y decido regresar a Europa. No es que realmente eche de menos Francia, sino para mantener un mínimo de contacto con mis seres queridos, para no cortar todos los lazos con mi vida anterior y asegurarme de tener algún respaldo en caso de necesidad.

Y además, alguien me espera en Rijeka, Croacia. Conocí a Nada dos meses antes de partir a Estados Unidos, y ella vino a verme unos días a París justo antes de mi salida para Austin. Estaba dispuesta a seguirme hasta el fin del mundo, pero no podía llevarla conmigo. Este primer cruce del Atlántico era para mí un salto al desconocido, por no decir un salto al vacío. Y no se salta al vacío cogido de la mano de alguien.

En París, ella abría los ojos maravillada y se sorprendía de todo, pero evidentemente, esta joven criada en la Yugoslavia de Tito, que nunca había salido de su país antes de conocerme, no estaba preparada para sobrevivir en el mundo capitalista, salvo en total dependencia de mí. En cuanto a acompañarme a Estados Unidos... Ya no sabía cómo iba a arreglármelas solo, ¿cómo podría haberme ocupado también de una estudiante de la Escuela de Bellas Artes de Rijeka, que no hablaba una palabra de francés y cuyo inglés era aún peor que el mío?

De todos modos, al no tener un contrato de trabajo, no habría podido obtener más que un visado de turista por unos meses. Y para ser completamente sincero, me iba a América para vivir una gran aventura. Y las grandes aventuras rara vez se viven en pareja. Sin embargo, aunque no había hecho voto de castidad y, precisamente, había tenido varias aventuras durante este año bastante intenso, seguía siendo fiel a mi palabra. Nuestra historia no podía terminar antes de haber comenzado de verdad. Y simplemente tenía ganas de verla, a ella, que encarnaba tan bien la dulzura en este mundo de brutos. Decidí pasar este tercer semestre con ella. Aunque, como todo el mundo sabe, los terceros semestres son como la Cuarta Dimensión, solo existen en Estados Unidos.

YUGOSLAVIA

Regreso a Rijeka a principios de verano, después de haber descubierto América. Nada no se ha movido de su ciudad natal y no ha cambiado. Soy yo quien ha cambiado. Nuestras diferencias son aún más evidentes que hace un año. Resultarán cada vez más difíciles de conciliar. Ya era un hombre del Oeste, regreso como un vaquero a esta encantadora ciudad de la siempre comunista Yugoslavia. Para tener permiso para dormir con ella en casa de sus padres, no solo tengo que contar con la aprobación de su padre, sino también con la del Partido Comunista. En otras palabras, debo informar cada día a la policía local sobre dónde estoy alojado. Imagino que preferirían que gastara mis divisas en un hotel pagando el alto precio reservado a los turistas. A menos que sospechen que soy un espía encargado de proporcionar información a la OTAN sobre los astilleros cercanos.

Nada y yo dormimos en la misma cama, pero no vivimos en el mismo mundo. Tengo en la cabeza todos los recuerdos de este año durante el cual he experimentado tantas cosas nuevas. Sin ella. No importa, le mostraré el mundo, al menos una parte, descubriéndolo con ella. Ella prácticamente solo conoce Croacia, y aún así. Soy consciente de que este será el único viaje que haremos juntos. Quiero que lo recordemos ambos, para siempre.

Por primera vez en mi vida, tengo tanto dinero, tiempo y libertad total. Ella está dispuesta a seguirme. Solo queda convencer a sus padres, que con razón están un poco preocupados por verla partir con un extraño. Mi primera cena en su casa es memorable. Son buenas personas y muestran hospitalidad, pero su padre, especialmente, me mira con desconfianza. Ha trabajado toda su vida en los astilleros, no ha conocido nada más que la Yugoslavia de Tito. Así que, por supuesto, para él no soy el yerno ideal. Y si supiera que además no tengo intención de convertirme en su yerno...

Ni el padre ni la madre hablan una sola palabra de inglés, así que la conversación es difícil. Nada actúa como intérprete en parte, pero de todos modos, su padre es un hombre de pocas palabras. Me mira. Mantengo su mirada. Lo respeto y creo que es recíproco.

Parece que no les hago una mala impresión, porque al día siguiente, estos padres, que son muy atentos, dejan que su hija se vaya con un desconocido en un largo periplo que nos llevará a través de toda Yugoslavia hasta el sur de Europa y más allá hasta las puertas de Sudán. A pesar de todo, al vernos partir, su madre aplasta una lágrima, preguntándose si volverá a ver a su hija algún día. Tiene razón, podríamos no regresar nunca, ya que emprendemos un viaje arriesgado.

Como de costumbre, no he definido calendario ni itinerario, y no sé hasta dónde iremos. Cada mañana nos levantaremos sin saber dónde dormiremos esa noche. ¿Debe quererme mucho, confiar en mí o estar completamente loca para seguirme ciegamente en una aventura así? Ella, que desde su infancia solo ha conocido la pequeña vida bien ordenada de toda joven en un país comunista relativamente próspero como Yugoslavia, sin carecer de nada y sabiendo prescindir de lo superfluo.

Además, todos los jóvenes de su edad parecen más o menos felices. Viven en una burbuja muy protectora, sin perspectivas de futuro deslumbrantes pero sin miedo al porvenir. Me permito expresar algunas dudas. Está muy bien, pero ¿qué harán cuando todo esto se derrumbe? Nada no entiende mi pregunta. Es así. Siempre ha sido así. Y nunca cambiará. Dentro de dos años será la caída del Muro de Berlín, y dos años después, Yugoslavia dejará de existir. Pero por ahora, vamos a atravesarla una última vez.

Lo que todavía se llama Yugoslavia es, en una superficie menor que la de Italia, un mosaico de culturas europeas y orientales de lo más diversas. Recorrer Yugoslavia es, en pocos kilómetros, pasar de Occidente a Oriente, de las iglesias a las mezquitas, de la Grecia Antigua al Imperio Otomano, de las estaciones balnearias para alemanes a los campos medievales, de la Mercedes al carruaje tirado por caballos. Así que también es un viaje en el tiempo y en la historia. Es un territorio de una riqueza, diversidad y complejidad increíble, que es mucho más interesante de apreciar viajando en tren o en autobús que limitándose a sobrevolarlo en avión para visitar la muy turística Dubrovnik.

Desde la italiana Istria hasta la griega Macedonia, pasando por la austrohúngara Serbia, finalmente llegamos al Kosovo que se parece a Turquía, y al día siguiente continuaremos hasta la frontera albanesa, a Ohrid, desde donde se puede ver al otro lado del lago la misteriosa Albania aún estalinista. Durante este periplo, Nada descubre conmigo su propio país, que en dos años no será el país de nadie. Por ahora, pensamos hacer una parada en Prizren, donde por supuesto no hemos reservado ninguna habitación.

En las calles de la ciudad, nos cruzamos con un jorobado, que se ofrece de inmediato para ser nuestro guía. Hay que decir que con Nada no pasamos desapercibidos, especialmente en Kosovo. Parece que las chicas de Rijeka son conocidas por su belleza. Bueno, es una chica de Rijeka quien me lo dijo, así que este juicio puede ser un poco subjetivo. Sea como sea, la rubia cenicienta y la elegante figura de mi compañera de viaje atraen miradas.

El jorobado nos invita a pasar la noche en su casa, mientras nos cuenta que debe partir temprano al día siguiente para un torneo de ping-pong. Según él, es un campeón en esta disciplina. Nada, siempre entusiasta y a menudo un poco ingenua, está dispuesta. Yo soy un poco cauteloso, pero acepto. Tenía razón al ser cauteloso, porque la noche tomará un giro bastante inusual...

FREAKS

En cuatro años, Kosovo estará en llamas. Por ahora, el viajero que pase por Prizren no siente ninguna tensión particular. Lejos del bullicio del Oeste, esta gran ciudad situada a unos kilómetros de Albania, sin grandes atractivos turísticos, parece olvidada por la historia que pronto la alcanzará. Hay pocas personas en las calles, casi ningún coche. Las carretas tiradas por caballos que circulan por el centro de la ciudad no están ahí para pasear turistas, sino simplemente para permitir a los habitantes moverse y transportar sus mercancías.

En el camino, nuestro jorobado menciona, sin embargo, los conflictos intercomunitarios y denuncia a quienes los avivan. No prestamos mucha atención. Es tan difícil imaginar la guerra en tiempos de paz. Nos recibe en su casa e improvisa una pequeña velada en nuestro honor. Algunos de sus amigos se unen a nosotros. A pesar de su discapacidad, parece gozar de cierta influencia en el pequeño círculo que lo rodea. Quizá porque tiene un poco más de medios que ellos, y un poco más de experiencia. O porque es el más astuto de la pandilla.

Llega una joven bastante guapa, a la que nos presenta como su novia. A primera vista, esta pareja improbable es un poco como la Bella y la Bestia. Pero pronto descubrimos que la Bella es sorda y muda. Es albanesa, es muy joven y parece vivir bajo la dependencia total de su protector. De todos modos, si ya me resulta difícil comunicarme con los demás sin la ayuda de Nada para traducir, no puedo intercambiar palabra alguna con ella. Solo nuestro anfitrión parece entender los pocos sonidos extraños que emite acompañados de gestos.

La velada se prolonga. Comemos, bebemos, escuchamos música. Mientras la mayoría ya se ha ido, a pretexto de mostrarle no sé qué, el jorobado lleva a Nada a la habitación de al lado con la albanesa. Ella regresa un momento después, con una sonrisa enigmática. Le pregunto. Me explica que nuestro anfitrión acaba de proponerle una partida cuadrada con su novia. Aunque ya estaba en alerta, me sorprende un poco. Y me preocupa razonablemente. Son más de la medianoche, no tenemos otra opción que pasar la noche aquí. ¿En qué lío me he metido ahora? Tengo la impresión de estar en una película de Fellini o en el *Freaks* de Tod Browning. Por supuesto, ya me ha tocado manejar situaciones delicadas antes, pero ahora viajo con una joven de la que me siento responsable, y que no parece entender que si nuestro anfitrión se pusiera más insistente, la situación podría descontrolarse rápidamente. El intercambio de parejas, en principio, no me importa. Pero no me imagino experimentarlo por primera vez con el Jorobado de Notre-Dame y una Esmeralda probablemente menor y, en todo caso, sorda y muda. Rechazamos la propuesta. Pero la noche promete ser larga...

OUM KALSOU

Habiendo logrado finalmente escapar de esa plaza con un jorobado y una sordomuda, dejamos Kosovo para dirigirnos a Estambul y luego a Atenas. Con este viaje en tren y autobús, retrocedemos en el tiempo. Dejé el Nuevo Mundo unas semanas antes para reconectar con la vieja Europa. Al salir de París, dejo atrás la modernidad, y en Yugoslavia, atravesamos un país al borde del colapso y un mundo comunista que ya pertenece a la Historia. En Estambul estamos en las fuentes del Imperio Otomano, y en Atenas en las fuentes de la civilización europea. Sólo nos queda remontarnos hasta las fuentes de la civilización en sí, remontando el curso del Nilo. Para no romper el encanto, preferiría llegar a Egipto desde Atenas en barco. Pero no hay conexión directa. Me resigno a tomar el avión hacia El Cairo.

Desde la llegada al aeropuerto, uno se da cuenta claramente, a través de todos sus sentidos, de que ha cambiado de continente. Un mundo desconocido, excitante pero potencialmente peligroso, se abre ante nosotros. Ya es tarde, y por supuesto, ni siquiera sabemos dónde vamos a dormir. Llamo a un taxi y le pido que nos lleve a un hotel en la ciudad. Evidentemente, el conductor tiene un primo que dirige el hotel más cómodo, mejor ubicado y más barato de El Cairo. Un primo con el que, se supone, está en negocios a comisión.

Hay música árabe en la radio. Nada, intrigada, me pregunta si conozco a esa cantante. Como sólo conozco a una, para impresionarla, le respondo como si fuera obvio y me burlara suavemente de su ignorancia: ¡pero es Oum Kalsoum! La película "El Cairo nido de espías" no saldrá hasta unos veinte años más tarde, pero ya cultivo mi estilo OSS 117. Si me hubiera hecho la misma pregunta sobre un aria de ópera, le habría respondido la Callas.

Tenía una posibilidad entre dos, y tengo suerte. Es la diva egipcia, y acabo de hacerme un amigo. El conductor está encantado. ¿Conoces a Oum Kalsoum? Para aprovechar aún más mi ventaja, le respondo que, por supuesto, todo el mundo la conoce y la admira. Aparentemente, no es el caso de todos los occidentales que transporta en su taxi, ya que de repente pasamos de ser simples turistas a ser amigos del pueblo egipcio. Así que, en lugar de llevarnos al hotel de su supuesto primo, nos propone ir a tomar el té a su casa para presentarnos a toda su familia y mostrarnos su colección de discos. Rechazo amablemente la invitación. No llevamos ni un cuarto de hora en África, tal vez esperemos un poco antes de salir de los caminos trillados para preferir los caminos alternativos.

El hotel es correcto. Da a un cementerio que parece un barrio de chabolas, a menos que sea al revés. Más tarde aprenderé que los egipcios más pobres no tienen otra opción que vivir con los muertos. Escuchamos el llamado del muecín. Sí, decididamente, estamos en otro lugar.

Al día siguiente visitamos El Cairo a toda prisa. El turismo siempre es un poco una pérdida de tiempo. Menos aún que en Kosovo, no pasamos desapercibidos. Sobre todo Nada. Para los egipcios, su rubia cabellera y su piel blanca representan el colmo del exotismo occidental. Afortunadamente, su belleza no es de la que atrae comentarios lascivos. Tanto las mujeres como los hombres se giran hacia nosotros

riendo. Imagino que nos ven un poco como albinos. A menos que nos tomen por estrellas de cine, ya que personas tan blancas, sólo las ven en las películas.

En el banco, para cambiar dinero, nos ofrecen té. Y nos invitarán incluso a una boda en Alejandría simplemente porque pasamos frente a la puerta del restaurante en ese momento. Sin embargo, la simpatía hacia los extranjeros tiene sus límites. En Alejandría, precisamente, nos negarán una habitación en un hotel un poco estricto con los principios del Islam porque no estamos casados.

Después de Alejandría, mi plan es descender el Nilo lo más lejos posible. Sin embargo, al mirar el mapa para decidir nuestro próximo destino, un nombre llama mi atención: Ismailía. A los quince años devoraba las novelas de Pierre Benoît. Lunegarde y su exotismo de pacotilla me vienen de repente a la mente. Haremos un desvío por Ismailía, en el Canal de Suez. Una ciudad que, a pesar de su nombre romántico, no presenta absolutamente ningún interés, y de la cual ni siquiera está claro que Pierre Benoît haya puesto un pie allí alguna vez. ¿Cuántos desvíos habré hecho en mi vida para comprender finalmente que la ficción siempre supera a la realidad?

OBELISCO

No me veo descendiendo el Nilo en uno de esos barcos de crucero para turistas barrigones, con restaurante y piscina, y haciendo escala únicamente para visitar ruinas con un guía durante dos horas, antes de volver a bordo para disfrutar del buffet libre y el jacuzzi con burbujas. Así que emprendemos este viaje en tren.

Al llegar al andén, me arrepiento por un momento de mi elección. En los primeros vagones que vemos, cabezas asoman por todas las ventanas abiertas buscando un poco de aire, y racimos de viajeros ya se amontonan en los estribos, incapaces de entrar en los vagones abarrotados. Aunque me guste la aventura y me preocupe viajar con la gente del pueblo, no hay forma de emprender un viaje de varios cientos de kilómetros en esas condiciones.

Afortunadamente, en la taquilla, al ver que éramos extranjeros, el empleado nos vendió directamente billetes de una especie de primera clase, y al recorrer el andén, finalmente llegamos a vagones razonablemente llenos, donde nos esperan asientos numerados. Nada particularmente lujoso, pero un confort totalmente aceptable. Nuestros compañeros de viaje, familias egipcias de clase media, son encantadores, y llegamos sin contratiempos a Luxor.

Los sitios arqueológicos nunca me han apasionado realmente, pero aún así. A diferencia de los emperadores romanos, los faraones tuvieron el buen gusto de no invadir toda Europa e imponernos su cultura y arquitectura. Al llegar a Luxor, realmente se tiene la impresión de estar en otro lugar, y no de visitar la casa matriz como en Roma o Atenas. Solo conozco Egipto por Los Cigarros del Faraón, y por los numerosos recuerdos que Napoleón trajo de allí para decorar París. Ver a la entrada del templo de Luxor, a la izquierda, ese obelisco solitario, cuyo gemelo de la derecha se erige en pleno centro de la Plaza de la Concordia, da una cierta idea de lo que puede ser el colonialismo y de cómo lo sienten quienes son sus víctimas.

Continuamos nuestro viaje hasta Asuán y decidimos llegar hasta Abu Simbel, para ver ese famoso templo trasladado por la UNESCO para evitar que fuera sumergido por las aguas de la presa construida en el Nilo por Nasser. Sudán está a solo unos kilómetros, y emprendemos una última excursión a los confines de Egipto. Nunca he estado en África negra, pero siento que empieza aquí.

Es decir poco que desentonamos entre la población local. Un sudanés que encontramos en un camino nos invita a tomar el té en su casa. Por cortesía, no podemos negarnos. Su casa es de tierra batida con techo de paja, llena de hombres y mujeres de todas las edades y de niños muy pequeños. Las mujeres nos sirven té y pasteles. Todos nos sonríen sin que podamos intercambiar una sola palabra con ellos. Entendemos que quieren invitarnos a comer y quizás a dormir en su casa. Estamos divididos entre la voluntad de no ofenderlos, el apuro de privarlos, al aceptar esta invitación, de sus pobres medios de subsistencia, y la certeza de enfermarnos si comemos un solo bocado de esa comida conservada al aire libre a más de cuarenta grados y cubierta de moscas.

Estoy completamente desconcertado ante esta hospitalidad que no comprendo. Me da vergüenza. Vergüenza de mi repugnancia disfrazada de escrúpulo. Vergüenza de que personas tan generosas puedan vivir en tal indigencia mientras nosotros vivimos en tal opulencia. Es por decencia que no quise venir hasta aquí en avión o en barco de crucero. Por decencia también que me esfuerzo por vivir en una frugalidad muy relativa, que para ellos no cambia nada, pero que me permite tener un poco menos mala conciencia.

Tocamos el fondo de esta inmersión en las fuentes de nuestra civilización y nuestra historia. Los descendientes de los faraones viven ahora en servidumbre, somos indirectamente sus señores, y son ellos, a pesar de todo, quienes nos ofrecen lo poco que les hemos dejado.

Comenzamos nuestro ascenso a la superficie por etapas. Sin embargo, es imposible privarse de un viaje por el Nilo. Ya que me niego a embarcar en un barco de crucero, solo quedan las falucas. Habitualmente, sus propietarios solo las ofrecen a los turistas para un paseo de una hora o dos. Negocio con uno de ellos para que nos lleve desde Asuán hasta Kôm Ombo, a unos cincuenta kilómetros. Duda, ya que la ida le llevará todo el día y la vuelta toda la noche. Finalmente llegamos a un acuerdo. Esta travesía por el Nilo en faluca es un encanto. Este majestuoso río atraviesa un desierto, dejando detrás de sí solo una estrecha franja de tierras fértiles. Desde la mañana hasta la noche experimentamos, lo más cerca posible del agua, todos los colores que nos ofrece el sol. Entiendo por qué los egipcios eligieron convertirlo en un dios, en lugar de un tipo clavado en dos tablas.

La noche cae cuando la faluca nos deposita en la orilla, al pie del templo de Kôm Ombo, donde no hay un alma a estas horas. Durante unos momentos mágicos, somos transportados al Egipto de Ramsés II, a una novela de Pierre Benoît o a un cómic de Hergé. Tendremos que caminar una hora para encontrar una carretera, y esperar una hora más antes de ver pasar la primera furgoneta, cuyo conductor aceptará muy amablemente llevarnos a Luxor, donde podremos tomar el tren de nuevo. Es el final del viaje. Quedará para siempre grabado en nuestras memorias...

ROISSY

Mi segundo año como lector de francés en la Universidad de Austin también será el último. Por supuesto, sería tentador quedarse. Aquí, a corto plazo, todo es más fácil, más emocionante, más intenso. Después de todo este tiempo en una ciudad de Texas que, a pesar de todo, está lejos de ser tan mítica como Nueva York o San Francisco, todavía tengo la sensación de vivir en una película cuyo guion tengo la libertad de escribir cada día.

Mi breve paso por París entre estos dos años escolares en Estados Unidos me recordó que, en cuanto vuelva a Francia, volveré a ser un anónimo en la multitud al que nadie mira, y cuyo destino no interesa a nadie. Puedo recuperar mi estudio que subalquilé, pero ¿cuánto tiempo podré pagar el alquiler? Ya no tengo trabajo, y aunque pudiera, no tengo ningún deseo de volver a ser investigador en Ipsos o en cualquier otro lugar, lo que para mí sería un terrible regreso a la casilla de salida.

Aquí tengo un trabajo agradable que me deja mucho tiempo entre semana para salir, y aún más tiempo durante las vacaciones para viajar. Mi contrato se renovará año tras año tanto como yo quiera, y tanto como el Director del Departamento de Francés lo desee. Todavía tengo muchas cosas por descubrir. Tengo como amigos a toda la comunidad francesa. Y, por primera vez, incluso acabo de iniciar una relación amorosa que podría durar con una joven americana.

Pero temo más que nada el estancamiento. Estoy de nuevo en una encrucijada y debo elegir un camino. Si quiero hacer mi vida en Estados Unidos, tendré que volver a sacar títulos en una universidad americana, y preferiblemente casarme para obtener la famosa Green Card. Ya he hecho muchos estudios, y no me veo empezando de nuevo en un idioma que no es el mío y que todavía manejo extremadamente mal después de estos dos años en un departamento donde todos hablan mi lengua materna.

La mayoría de los franceses que veo a mi alrededor están de paso, por un año o dos como máximo. Aquellos que no tuvieron el coraje de regresar, y que encontraron la manera de quedarse, me parecen completamente desarraigados. Instalarse en España o Alemania es simplemente alejarse un poco de Francia, a donde se puede volver en una hora de avión, en cinco horas de tren o en diez horas de coche. Hacer su vida en Estados Unidos es renunciar a su identidad para tomar otra. Pero ¿cuál? Todavía no entiendo nada de este país.

En esta ciudad universitaria o más bien en esta universidad convertida en ciudad, casi todo el mundo tiene menos de veinticinco años, y siempre los tendrán. Simplemente no serán los mismos. Envejecer aquí sería rápidamente patético. Esta vida de ensueño está por definición desconectada de toda realidad. ¿Es mejor vivir un sueño agradable o afrontar la dura verdad de las cosas? No tengo ningún futuro en este país. Sobre todo, no tengo ningún porvenir.

Elijo el regreso. Sé que va a ser difícil y doloroso, pero estoy seguro de que es la decisión correcta. Disfrutaba en Francia de cierto reconocimiento como semiólogo. Aquí, solo soy el pequeño Frenchy de turno. Solo soy un lector entre otros. Y si puedo vivir muchas aventuras, no puedo construir nada. Debo cumplir mi destino, y mi destino no es acabar como un eterno turista en Estados Unidos, con la perspectiva

de convertirme pronto en un turista en mi propio país. Esta estancia en Texas habrá sido un paréntesis encantado. Es hora de que me invente una vida.

EL GAFFIOT

En París, he vuelto a encontrar mi estudio de la calle Daguerre, pero ya no tengo trabajo y, por lo tanto, tampoco ingresos. Los pocos dólares que traje de Texas me permitirán sobrevivir unos meses, viviendo muy modestamente. Sin embargo, como no he trabajado en Francia durante más de dos años, ya no estoy inscrito en la Seguridad Social. Dado que renuncié a mi puesto en Ipsos antes de partir a América, tampoco puedo reclamar subsidios de desempleo ni la cobertura social que conlleva.

Para la administración francesa, estos dos años en Estados Unidos no existen. A menos que vuelva a ser empleado rápidamente, estoy a punto de convertirme en un marginal. Ahora vivo con la angustia de un problema de salud imprevisto que conlleve gastos importantes que no serían cubiertos.

Aun así, no estoy buscando trabajo de inmediato. A los treinta y tres años, con todas mis experiencias acumuladas, no he trabajado más de tres años como empleado en una oficina, y nunca por mucho tiempo en la misma empresa. Estoy decidido a no tener que hacerlo nunca más y, aunque aún no sé cómo, lo lograré. Sin embargo, tendré que volver a ganarme la vida, y estoy dispuesto a aceptar trabajos como freelance en semiótica publicitaria, siempre que pueda hacer este trabajo desde casa y no se me pida que marque tarjeta todas las mañanas en una oficina, que tenga que charlar con compañeros en la máquina de café, obedecer a un jefe y servir a los clientes. Vivo el mundo de la empresa como un universo carcelario. En Estados Unidos, experimenté la libertad, y nunca renunciaré a ella.

El regreso a la grisura y el anonimato parisino es, obviamente, un poco deprimente. Aquí ya no conozco a mucha gente. Pero levantarme cada mañana sabiendo que puedo hacer de mi día lo que quiera es un lujo que no tiene precio. Tengo más que nunca sed de aprender y conocer gente. ¿Y qué mejor lugar para ello, una y otra vez, que la universidad?

Aunque, para mi gran pesar, en Estados Unidos no aprendí inglés tan bien como me habría gustado, he hecho algunos progresos. Siento la necesidad de estructurar un poco el conocimiento puramente pragmático que tengo de este idioma, y también de abordar la literatura anglosajona en versión original. Me reinscribo en la Sorbona para repetir en inglés la hazaña que ya logré hace unos años en español.

Esta vez, entro directamente en el tercer año y, como justa venganza de mi humillante fracaso en el TOEFL dos años antes, obtendré en nueve meses una licenciatura con honores. Evidentemente, mi enfoque de los estudios es muy diferente al de los otros alumnos, principalmente chicas, por cierto. Están allí para obtener un diploma con solo repetir el día del examen las clases a veces tomadas al dictado. Solo asisto a las clases que me interesan, no tomo notas y devoro todos los libros de la biblioteca, donde soy muy asiduo.

Para tener tiempo de remontar, ya que parto desde muy abajo, he renunciado a la evaluación continua y apostado todo al examen final. ¡Qué placer poder leer todas las obras maestras de la literatura inglesa y americana en el idioma en que fueron escritas! Como solo asisto a las clases más apasionantes, no me aburro ni un segundo. En cuanto a las otras clases, miro vagamente el programa, pero nunca pido a mis compañeros que me pasen sus notas. Me limito a leer todo lo que existe sobre el tema.

Más allá de estas satisfacciones puramente intelectuales, la Sorbona es también el lugar ideal para conocer chicas. Ahora les llevo una década de diferencia. Suficiente para que se note, pero no tanto como para pasar por un perverso de inmediato. Conozco a mucha gente y tengo algunas nuevas aventuras, siempre sin gran futuro.

Con mi licenciatura en inglés en el bolsillo, todavía no sé qué hacer con mi vida, ni cómo escapar del empleo asalariado de manera duradera. He retomado algunas misiones como freelance, pero no quiero volver a integrar una empresa. ¿Por qué no la enseñanza? Después de mi idílica experiencia en la Universidad de Austin, me cuesta imaginarme frente a una clase en un instituto de las afueras. Será la agregación o nada. Me inscribo en la preparación para la agregación de letras modernas en la Sorbona.

Finalmente, no será nada. Me doy cuenta de inmediato de que esta preparación no es más que una horrenda memorización. Las clases son desesperadamente poco interesantes. Nuestros supuestos maestros de pensamiento suenan vacíos. Los aspirantes a profesores ya rinden pleitesía al sistema mostrándose totalmente sumisos. Se esfuerzan en demostrarnos lo incomprensibles e inigualables que son los genios que estudiamos, en lugar de alentarnos a imitarlos a nuestra manera. Los convierten en divinidades a adorar en lugar de modelos a seguir. Por eso la escuela produce tantos profesores y tan pocos escritores. Tantos esclavos y tan pocos emancipados. En resumen, el método que apliqué para obtener mis licenciaturas en español y en inglés no puede funcionar esta vez. Hay que tomar las clases nota por nota y aprenderlas de memoria, aunque sea un montón de tonterías, para poder reproducirlas servilmente el día del examen. Todo esto da del mundo de la enseñanza una imagen tan vana, triste y liberticida. Toda mi vida es una búsqueda de libertad, y en particular de la libertad de pensar. Prefiero morir antes que ser profesor, incluso agregado, y tener la misión de enseñar a mis alumnos la servidumbre.

Para llevar mi enfoque hasta el final, sin embargo, presentaré las pruebas escritas. Mi mejor nota será en latín. Un siete sobre veinte, creo, que corresponde a la media general para la admisibilidad al examen oral. Decir que me hicieron dejar el latín en quinto grado porque no era un buen alumno, y que presenté el examen sin el Gaffiot al que teníamos derecho, y en el que figuraba la traducción de dos o tres frases de la versión sobre la que tuvimos que trabajar...

Así que no seré profesor. Pero, ¿qué voy a hacer con mi vida? Una idea empieza a germinar en mí. Hacer lo que la escuela y la sociedad se han empeñado en prohibirme desde mi infancia: escribir mi vida.

CITA

Tengo alrededor de treinta y cinco años. Todavía no soy viejo, pero siento que un año más en la universidad sería el año de más. Durante más de diez años, mis conquistas femeninas siempre han tenido la misma edad, alrededor de veinticinco años. Soy yo quien envejece. Durante un viaje a España, escuché claramente a alguien preguntarse si la persona que me acompañaba era mi novia o mi hija. Una advertencia a no ignorar. En el fondo, sigo siendo un adolescente, y lo que me lleva a seguir frecuentando el mundo estudiantil en lugar de la gente de mi edad, que ya tienen trabajo y familia, e incluso algunos ya están divorciados, es que la juventud es el tiempo de todas las posibilidades. Elegir una pareja, elegir un trabajo, elegir un lugar y una manera de vivir... Pasados los treinta, la mayoría ya han elegido, para bien o para mal. Y de una forma u otra, elegir es restringir la libertad.

Sin embargo, soy muy consciente de que, al menos en el ámbito amoroso, estoy repitiendo infinitamente patrones de fracaso que me harán cada vez más infeliz, sin excluir pronto lo patético. Para intentar salir de esto, decido emprender un análisis. Siempre me ha interesado el psicoanálisis. A los doce años, ya leía a Freud. Pero entre leer libros sobre el tema acostado en un diván, y acostarse en un diván para ofrecerse en lectura, hay un mundo de diferencia. No es aprendiendo el código como se sabe conducir, ni aprendiendo los códigos como se sabe cómo comportarse.

La experiencia será relativamente breve, intensa y difícil. Terminará el día en que le pregunte a mi analista si realmente puedo decirle todo, y ella me responda en términos elegidos que no. Entonces, ¿para qué molestarse? Esta experiencia, sin embargo, me ha hecho progresar. Ahora soy muy consciente de que me empeño en enamorarme de jóvenes que claramente no son para mí, ya sea porque viven en otro país o en el otro extremo del mundo, ya sea porque son demasiado diferentes a mí y de ninguna manera complementarias, ya sea porque son aún más inmaduras que yo, si es posible, ya sea porque simplemente no me aman y ese rechazo mismo exacerba mi deseo.

Sin embargo, no puedo resignarme a una relación basada únicamente en la razón, sabiendo que también sería efímera, y quiero mantener la esperanza de un encuentro tan fortuito como romántico, pero esta vez inscrito en la realidad más que en el fantasma, y en ello abriendo un posible futuro.

El final del año se acerca. Será también mi último año en la Sorbona. En la biblioteca, me encuentro con una estudiante de origen alemán a la que apenas conozco. Solo sé que está casada con un egipcio. De manera totalmente inesperada, me invita a la fiesta de fin de año que organiza en el modesto apartamento de dos habitaciones que habitan en París, cerca de la Bastilla. Me dice que habrá muy poca gente. Su hermana. Algunos amigos. Obviamente no es una propuesta galante. Está casada, y de todas formas, no es para nada mi tipo. Dudo por un instante. No conoceré a nadie. Corro el riesgo de aburrirme. Y al aceptar, me privo de cualquier otra posible propuesta más interesante para esa noche de Año Nuevo. Por otro lado, si rechazo, corro el riesgo de pasar la noche solo, o de encontrarme en las trampas habituales en las que suelo caer en estas circunstancias. Y además, esta invitación visiblemente desinteresada me intriga y me toca. No sé muy bien si me invita porque me estima o

porque siente lástima por mí. De cualquier manera, hay algo muy bienintencionado en esta chica. Muy sano. Muy sencillo. Como una evidencia. Acepto. Sin saberlo, tengo una cita con mi destino.

Cuando suene a su puerta unos días después con una botella en la mano, no será ella quien me abra. Ni su hermana. Sino la mujer que busco sin encontrar desde siempre. La mujer que será ahora todas las mujeres, aunque todavía me volteo a mirar a algunas otras, conformándome ahora con solo mirarlas. Finalmente, no tendré que renunciar a mi búsqueda romántica. Tiene menos de veinticinco años, como todas las demás, pero ahora es juntos que creceremos. Y será ella quien, al devolverme a la realidad, me permitirá realizar mis sueños en lugar de simplemente soñarlos.

¿Y si hubiera rechazado esta invitación? ¿Y si ella la hubiera rechazado? No hay casualidades, solo citas. Esa noche, tenía una cita con la mujer de mi vida.

ESCRIBIR SU VIDA

Cuando la dejo, unas horas después, comienza un nuevo año. Quizás una nueva vida. Soy yo quien le doy mi número. Le dejo la decisión de volver a vernos o no. Le dejo que me elija. Ella me llamará, y nos volveremos a ver. Todo es sencillo con ella, y todo parece evidente. Pero ahora me toca decidir. Elegir a una mujer entre todas las mujeres. Aceptar ser elegido por ella. Sé que si me embarco en este camino, no habrá marcha atrás, y dejaré para siempre todas las demás opciones. Soy consciente de que estoy en una encrucijada en mi vida. Tomar el camino correcto, evitando los callejones sin salida. Mi oportunidad está ahí y, si la dejo pasar, puede que nunca haya otra.

Tengo catorce años más que ella, vivo en un estudio alquilado, no tengo más muebles que un baúl de mimbre, y todas mis cosas caben en las dos bolsas que llevé a Estados Unidos antes de traerlas de vuelta a Francia: una bolsa de ropa y una bolsa de libros. No trabajo realmente. Ya no soy estudiante. Tomo clases de teatro. Ella está terminando sus estudios en Sciences Po, y en unos meses tendrá un trabajo real con contrato indefinido. No tengo el perfil del marido ideal. Pero ella confía en mí, y eso me da alas.

Encuentro un anuncio en Télérama, yo que nunca miro anuncios y mucho menos para buscar trabajo. Las Ediciones Harlequin buscan traductores del inglés al francés para sus novelas románticas. Paso la selección, y mi candidatura es aceptada. Traduciré una docena de estas novelas de serie B. Es más un trabajo de adaptación que de traducción. Hay que reducir la paginación en al menos un tercio y ajustarse al gusto francés. Es un aprendizaje y, sobre todo, es la primera vez en mi vida que gano algo de dinero escribiendo. Me digo que es posible.

Unos meses después, vuelvo a ver a una chica que conocí en la facultad de inglés. Desde entonces, ha hecho la Fémis y acaba de ser contratada por una productora para dirigir la escritura de una serie para jóvenes, *Extrême Limite*. Me propone probar suerte con la escritura de guiones. Como nunca lo he hecho en mi vida, acepto de inmediato. Además, en aquel momento no había ninguna escuela de escritura de guiones en Francia. Por una vez, soy tan legítimo como cualquier otra persona. La experiencia parece exitosa. Ahora soy guionista de televisión. Sigo escribiendo otras series para jóvenes, siempre en formato de 26 minutos. Otras productoras me solicitan. También para dibujos animados. Empiezo a ganar realmente mi vida escribiendo.

Es tiempo de proyectos. Tengo casi cuarenta años, pero nunca he vivido en pareja con nadie. A pesar de nuestra diferencia de edad, vivimos juntos nuestras primeras veces. Casa, matrimonio, hijo. Todo lo que no había hecho hasta ahora, lo hago en dos años.

Entonces descubro que se acaba de crear una escuela de guion en París, el Conservatorio Europeo de Escritura Audiovisual. Demasiado tarde para pasar el concurso de entrada para ese primer año. Estaré en la segunda promoción. Allí aprendo el oficio que ya practico. Como de costumbre. Y hago contactos tanto profesionales como amistosos. Tengo como maestros a los creadores de todas las grandes series de televisión francesas de la época: *Navarro*, *L'Instit*, *Julie Lescaut*, *Docteur Sylvestre*...

Un compañero y amigo acaba de ser contratado para la dirección de la escritura de una nueva serie, *Avocats et Associés*, y me propone integrar el grupo de guionistas. Entro en la liga de los grandes: el formato de 52 minutos para adultos y el prime time. Ahora gano escribiendo más dinero del que jamás gané como empleado o freelance.

La empresa de consultoría que me contrataba regularmente como semiólogo publicitario acaba de ser vendida y ya no necesita mis servicios. Es una oportunidad para mí de dejar por completo este trabajo que ya he agotado y dedicarme únicamente a la escritura. Nuevamente, los proyectos se suceden. Pero el mundo de la televisión, al igual que el de *Dallas*, es despiadado. Somos los mercenarios de un ejército mexicano cuyos innumerables generales suelen ser incompetentes. Son demasiadas limitaciones para mí. Quiero ser totalmente libre, y sé que no trabajaré toda mi vida en televisión.

Empiezo a escribir obras de teatro. Después de intentar en vano hacerlas publicar, decido crear mi propio sitio y ofrecerlas para descarga gratuita. Es el comienzo de internet. Me lanzo a este espacio de libertad dirigiéndome directamente a las compañías, sin pasar por los editores. Y funciona. Llegan los primeros montajes. Esto me anima a seguir adelante.

El final de *Avocats et Associés* me decide a abandonar la televisión. Sigo un año más enseñando escritura de guiones en la escuela que me formó. Pero ahora me dedico únicamente al teatro. Tradujo mis obras al español, otros se encargan de traducirlas al portugués, al inglés, al alemán y a muchos otros idiomas. Gracias a internet, mis textos circulan por todo el mundo.

Ahora soy un dramaturgo, reconocido internacionalmente. Ya no tengo que rendir cuentas a nadie. Vivo de mi escritura y, día a día, escribo mi vida...

Al final, mi padre tenía razón. No servía para nada. Bueno, casi. Desde mi más tierna infancia, soñaba con ser escritor. Me ha llevado más de cuarenta años admitir que era definitivamente incapaz de realizar cualquier otro trabajo que no fuera escribir, unos años más para permitirme hacerlo mi profesión, y dos o tres más para darme cuenta de que podía ganarme la vida con ello.

La vida es un viaje. Lo que nos definirá al final es nuestro recorrido. Los caminos que hemos tomado, y sobre todo, aquellos que hemos decidido no tomar. Pronto el mar borrará en la arena las huellas que dejamos detrás, como líneas en un manuscrito. A quienes vengan después, leguemos solamente el deseo de transitar libremente.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Agosto de 2024

ISBN 978-2-38602-236-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.